

EL TIEMPO DE LAS DEMOCRACIAS INCIERTAS

Por EDUARD TARNAWSKI GESLOWSKA

SUMARIO

INTRODUCCIÓN.—I. LA DEMOCRACIA SIN MIEDO A LA QUIEBRA.—II. LA DEMOCRACIA DE HOY DESAFÍA A LA CIENCIA POLÍTICA.—III. EL SOCIALISMO VUELVE A VISITAR A LA DEMOCRACIA.—IV. EL TRIUNFO DE LA DEMOCRACIA Y LAS DUDAS SOBRE SU CONSISTENCIA.—V. LA ESTABILIDAD DE LAS DEMOCRACIAS INCIERTAS.—VI. ¿POR QUÉ LAS DEMOCRACIAS AÑORAN LA GUERRA FRÍA?—VII. LA DEMOCRACIA «DESESTANDARIZADA».—VIII. UNA GEOPOLÍTICA DE LA DEMOCRACIA.—IX. DEMÓCRATAS EN LUGAR DE DEMOCRACIA.—X. CHOQUE DE CIVILIZACIONES Y DEMOCRACIAS DÚCTILES.—XI. DEL «MELTING POT» A LA DEMOCRACIA DEL «MULTICULTURALISM».—XII. CONFLICTOS ÉTNICOS Y «DEMOCRACIA ÉTNICA».—XIII. LAS «DEMOCRACIAS INCIERTAS» Y LOS NUEVOS CONFLICTOS INTERNACIONALES.—CONCLUSIONES.—BIBLIOGRAFÍA.

INTRODUCCION

Las teorías de las *nuevas democracias* han servido durante un tiempo de útil herramienta para explicar la caída y transición de los regímenes políticos. Hoy día es evidente que no proporcionan un marco conceptual satisfactorio, una clave para estudiar la transición en el Este. En efecto, los sistemas políticos que están emergiendo en el Este desbordan el esquema teórico creado para el estudio de las transiciones en el Sur de Europa y en América Latina. Buscando una forma de salir de este estancamiento, mi propósito es reflexionar sobre la indecisión de las democracias en el Este. Contrasto la transición política en esta región con la que puso en marcha las *nuevas democracias* surgidas en la década anterior. Los sistemas políticos en el Este no se distinguen tanto por ser nuevos, como las democracias de Europa del Sur y de América,

como por ser inciertos. Aunque este artículo incluye el análisis de algunos aspectos de la vida económica y social en el Este caracterizada por una confusión generalizada, mi preocupación principal no es el estudio de estos problemas en sí, sino el situarlos en el marco del debate sobre la teoría de la democracia. Mi tesis es que las democracias del Este son *inciertas* no únicamente porque no cuentan con soportes económicos y sociales sólidos, sino porque la teoría política contemporánea todavía no ha dictado su veredicto sobre el tema y ella misma es la primera víctima de la confusión. La incertidumbre sobre la teoría de la democracia afecta a todas las democracias contemporáneas, independientemente de si son *grandes, históricas, estables, viejas o jóvenes*. Hoy día ninguna de ellas puede contar con aquella firmeza de los argumentos que la avalaban hace pocos años. Por consiguiente, se puede decir que no sólo las democracias en el Este, sino en general todas las democracias son *inciertas* en tanto en cuanto la política lo es. Buscar factores socioeconómicos concluyentes es un esfuerzo estéril. La democracia es, por buscar un símil que nos sea familiar, cosa de *software* más que de *hardware*. Leszek Kolakowski, para expresar su preocupación por la incertidumbre sobre el futuro de la democracia después de la caída del sistema del socialismo real, elige el planteamiento cartesiano. En un ensayo titulado sugestivamente «Amids Moving Ruins», dice: «Lo único que sabemos cierto es que nada es cierto; nada es imposible. (...) Y cuando decimos "nada es la certeza" queremos decir una certeza modesta, humanamente accesible (...) y no la certeza perfecta que está más allá del alcance humano» (Kolakowski, 1992, 43). Un análisis completo que deje de banda prejuicios metodológicos y viejos compromisos ideológicos puede que a la larga allane el camino hacia la plena integración de los países del Este en las estructuras políticas universales existentes. De momento nos sirve ya para recuperar una parte del pensamiento político universal que quedó sumida en el olvido durante las décadas en que el mundo vivió dividido.

I. LA DEMOCRACIA SIN MIEDO A LA QUIEBRA

Después de la derrota del comunismo las democracias por primera vez no se sienten amenazadas por ninguna forma de totalitarismo del signo que sea. Ciertamente, es muy remoto el peligro de que la democracia quiebre de una forma tan espectacular como en su momento lo hiciera en la Marcha sobre Roma, la *Machtergreiffung* de Hitler, la guerra civil española, el golpe comunista en Praga de 1948 o el golpe contra Allende en Santiago en 1973 (Linz, 1987, 11, 141-142). Eso no significa, sin embargo, que no tenga enemigos.

Estoy de acuerdo con Edgar Morin cuando dice que «la reaparición de un Mussolini femenino con aire de chica de portada de revista y un nacional socialista ruso más "histrión" que "hitleriano" no significa que "el fascismo" esté de vuelta. Pero son señales grotescas de un deterioro profundo y de una nueva amenaza mortal para las democracias europeas» (Morin, 1994).

La falta de miedo a la quiebra que siente la democracia coloca en una situación completamente nueva a la ciencia política. Esta, que creció confiando en el futuro de la democracia, que durante mucho tiempo se limitó a revelar los peligros de la quiebra, desenmascarando y persiguiendo a sus enemigos, se encuentra ahora con que tiene que replantear todo el debate sobre la democracia. Hoy día no es suficiente hablar en términos de «crisis» o «quiebra», como si de una mera interrupción temporal en su progreso interminable se tratara. Hay que hacer una pregunta más radical sobre la misma esencia de la democracia, revisar su historia, adivinar su futuro con sus múltiples posibilidades aún abiertas. En definitiva, hay que pensar sobre la democracia como si se tratara de un descubrimiento; hay que estar dispuesto a revisar toda la teoría política contemporánea que creció acompañada de la fe en su eterno progreso. Como dice Larry Diamond, «la democracia es el tipo de sistema político más admirado por todas partes, pero quizás también el más difícil de mantener» (Diamond, 1990, 48).

La principal dificultad con que topa la democracia de hoy es que, por paradójico que parezca, ella no tiene enemigos declarados. No la cuestionan ni los intelectuales ni la clase política. No aparecen autores desempeñando un papel semejante al que en su tiempo desempeñaron Georges Sorel, Vilfredo Pareto, Roberto Michels o Giovanni Gentile, cuando en los años veinte y treinta atacaban directa o indirectamente los principios democráticos (Mastellone, 1990, 393-444). Al no conocer a sus enemigos, no está generando tampoco grandes y brillantes defensores como en su día fueron Max Weber, Friedrich Naumann, José Ortega y Gasset, Thomas Mann, Otto Bauer y Luigi Sturzo, por citar algunos. Tampoco se dejan oír voces como las de la generación que vivió la catástrofe de las democracias en los años veinte y treinta, Friedrich Meinecke y Hans Kelsen que no sólo eran los cronistas de la quiebra, sino sobre todo sus primeros analistas en el campo de las ciencias sociales modernas. La generación de Ralf Dahrendorf, Maurice Duverge y Juan J. Linz, aunque vivió bajo la sombra de las quiebras de las democracias, tuvo ya como punto de referencia la democracia triunfante de la posguerra. Estos, antes de presenciar la victoria definitiva sobre el totalitarismo comunista, ya habían visto la recuperación de la democracia en el Sur de Europa y en América Latina. La obra de Juan J. Linz *La quiebra de las democracias*, escrita en la primera mitad de la década de los setenta es una brillante síntesis de los

resultados de la investigación de los historiadores que le sirvió además para elaborar un nuevo marco conceptual adecuado para estudiar la transición democrática que apuntaba ya en el horizonte, la transición en Europa del Sur.

Sin embargo, la situación histórica de los teóricos de la democracia contemporáneos es bien distinta de la de sus antecesores, pues tienen que reflexionar sobre la democracia sin una referencia histórica determinada. La teoría de la transición democrática en el Sur, pese a ser un fenómeno histórico inmediatamente anterior a la transición en el Este no es una clave útil para interpretarla (Beyme 1993, 412). Por su carácter de sorpresa y su escasa violencia las revoluciones en los países del Este han empezado a despertar dudas sobre la validez de las teorías políticas más influyentes. A su vez, la transición hacia la democracia en estos países está resultando ser decisiva para replantear todo el debate sobre la democracia y la teoría política en general. Es posible que nos esté tocando vivir una situación histórica semejante a la que describía Alexis de Tocqueville en las primeras páginas de *La democracia en América*, cuando decía que para un mundo eternamente nuevo hacía falta una ciencia política nueva (Tocqueville, 1989, 11). Después del derribamiento del socialismo real en el Este hace falta una ciencia política nueva. Esta, aparte de servir para interpretar los acontecimientos del Este en concreto, ha de ser capaz de abordar de nuevo todos los problemas políticos contemporáneos. Para esto hay que salir del tópico de la singularidad del Este, sin que ello signifique necesariamente abandonar el marco de las teorías del totalitarismo y menos sustituirlas por la especie de *model mania* que sufre la ciencia política actual (Sartori, 1993). De todos modos, la teoría de la transición democrática, en su vana búsqueda de modelos, no puede responder de forma completa a las preguntas que surgen en la década de los noventa con la caída del comunismo. A la hora del gran experimento democrático de la historia, la ciencia política no tiene una teoría de la *democracia real* (Ekiert, 1991; McSweeney y Tempest, 1993). La pregunta actual no es la de por qué y cómo hacen quiebra las democracias o cómo se las restaura, sino cómo se ponen los fundamentos de un sistema político que aspira a la democracia.

La transición política en el Este ha demostrado que siguen en el aire todas las preguntas sobre la democracia que aparecieron por primera vez hace dos siglos. Esto explica la atracción que sienten los demócratas de hoy por acercarse a los problemas reales del Este. Esa misma atracción debió sentir Thomas Paine cuando se marchó a América para ponerse al lado de los revolucionarios demócratas, y el presidente Clinton cuando viajó a principios del año 1994 a Moscú para apoyar a los políticos rusos comprometidos con los valores de la democracia. Otros, que se pueden contar por docenas, viajan al Este como investigadores y siguen los pasos de Alexis de Tocqueville, quien

se fue a América para estudiar lo que le parecía sería el futuro inevitable e inmediato de su país natal y del resto de continente (Dunn, 1993, 9). La mayoría de ellos lo hacen no por tener un interés especial en esta región, sino por intuir que allá se están produciendo cambios que tendrán una repercusión inmediata en la reflexión política en general. Parecen con ello seguir el ejemplo de Edmund Burke, quien, aun sin haberse desplazado a la Francia de la revolución, veía en su propio país unos fenómenos semejantes a los que llevaron a los franceses a la revolución.

II. LA DEMOCRACIA DE HOY DESAFIA A LA CIENCIA POLITICA

El debate actual sobre la democracia se distingue principalmente de otros que han tenido lugar en el siglo veinte por una serie de novedades.

La primera es que el concepto de democracia liberal no es cuestionado de forma frontal por ninguna fuerza política relevante, tal como ocurrió en los años veinte y treinta. No vemos fuerzas políticas con intenciones parecidas a las que tenían las formaciones encabezadas por Wladimir Lenin, Benito Mussolini, José Antonio Primo de Rivera, Adolf Hitler o António de Oliveira Salazar, quienes en sus días desafiaron abiertamente el orden democrático. Aunque aparecen unas nuevas formaciones políticas que se sitúan al margen de las instituciones democráticas establecidas, no se las puede calificar de hostiles a la democracia de forma sistemática. No obstante, sea por buscar unas nuevas formas organizativas o por las razones que sea, intentan más bien poner en ridículo las viejas reglas del juego político de la democracia parlamentaria de partidos que oponerse de forma frontal a la democracia como tal, como podemos observar en las actuaciones de la *Leghe* en Italia, del *Statt Partei* en Alemania o del *Partido de Amigos de la Cerveza* en Polonia. La confusión llega a ser tan grande, que el partido nacionalista ruso de Vladímir Zhirinovski incluye en su nombre la palabra democracia y su líder no se declara un enemigo de la misma.

La segunda es que las monarquías eternamente enfrentadas con la democracia no sólo han encontrado formas de convivencia, sino que se han convertido en pilotos de la transición democrática y firmes garantes del orden democrático. Al principio se podía hablar de unos rasgos específicos de la transición española. Entre 1975 y 1981 se producía «una de las grandes paradojas del siglo xx español: mientras que en los años treinta el establecimiento de la democracia había precisado la previa eliminación de la Monarquía, cuatro décadas después tan sólo la Monarquía parecía capaz de garantizar la continuidad de la democracia» (Powell, 1991, 17). Hoy día podemos observar que

la buena convivencia de la democracia con la Monarquía parece ser un fenómeno universal. Cuando se le llama «rey» al presidente de la República francesa no es sólo por ironía, sino por creer que la convivencia entre República y Monarquía es fructífera. Maurice Duverger bautizó en su momento el sistema presidencial francés de *monarquía republicana* (Duverger, 1974). Otra simbiosis extraña entre democracia y Monarquía se da en Estados Unidos, donde la unidad del matrimonio del presidente fue siempre razón de Estado. En estos momentos vemos cómo en la Casa Blanca gobierna no el presidente solo, sino «los amigos de Bill y Hillary» (Dye, 1993), al estilo del Rey Arturo o de Fernando e Isabel. No puede, pues, sorprender a nadie que el motor de la transición democrática en Camboya fuera el viejo monarca Narodom Sihanuk o que si algún día llega la democracia a Marruecos o Jordania sea sólo por el empeño personal de los monarcas respectivos. En esta lógica parece también natural que para muchos la democracia en Bulgaria, Georgia, Rumania o Rusia signifique en primer lugar la vuelta de la Monarquía. De hecho, Boris Yeltsin empezó imitando el más puro estilo zarista, gobernando por decretos, sin por ello dejar de merecer la confianza de demócratas como Clinton, que por cierto ve el futuro de la democracia en Rusia con optimismo precisamente porque cree que el presidente ruso tiene más poder constitucional que él mismo como presidente americano.

La tercera es la que preocupa más a los políticos demócratas. La democracia, la que está aceptada por los intelectuales de forma casi unánime, sin enemigos políticos, en plena concordia con la Monarquía, se enfrenta con reacciones escépticas del mismo *demos* que va perdiendo confianza en las instituciones democráticas. Por ejemplo, según los datos de Gallup, en 1991 sólo el 18 por 100 de los ciudadanos americanos confiaba en el Congreso; en 1973, el 42 por 100; la confianza en la escuela pública era del 35 por 100, mientras que en 1973 era del 58 por 100 (Strickland, 1993, 719). Es el pueblo, más que los intelectuales, políticos y monarcas el que hoy día duda del valor de la democracia. Sus reservas se expresan también en el creciente apoyo electoral a los partidos políticos de carácter minoritario, en la pérdida de apoyo de los partidos mayoritarios y en la recuperación política de los partidos ex comunistas en el Centro y en el Este de Europa y en las Repúblicas ex soviéticas. Los brotes de violencia racial, el crimen organizado y la corrupción reflejan la debilidad de los sistemas políticos democráticos que, incapaces de garantizar la convivencia pacífica, pierden la confianza del pueblo.

El *autogolpe* del presidente de Perú Alberto Fujimori el 5 de abril de 1992 marca un cambio histórico. La democracia *formal* es reemplazada por otra que el golpista llama *real* (Cotler, 1993, 49). Después de sólo once años de

democracia, el pueblo peruano, apoyando mayoritariamente al presidente golpista, expresa su desilusión con la Constitución democrática de 1979 y este acontecimiento supone un verdadero eslabón en la corta historia de las *nuevas democracias* y un desafío para la ciencia política, que no sólo tiene que definir los cambios en el Este, sino que tiene que revisar sus propias teorías sobre las *nuevas democracias*. Para marcar la diferencia entre los tiempos de las *nuevas democracias* y los nuevos tiempos de las *democracias inciertas* podemos recurrir a la comparación del papel que han desempeñado las Fuerzas Armadas en diversos casos de transformación democrática. Al principio de la época de las *nuevas democracias* la fe en la democracia y su futuro era tan obvia e indiscutible que impedía recelar de la toma del poder por parte de los militares. Las libertades que ofrecía la dictadura militar portuguesa que siguió a la Revolución de los Claveles de 1974 eran mayores que las que daban los gobiernos civiles de Turquía en la segunda mitad de la década de los ochenta tras apartar a los militares del poder. Si hay una fecha que marque el inicio de los tiempos de las *democracias inciertas* ésta es 1992, cuando sólo la intervención directa de los militares argelinos en la política, la suspensión de los derechos políticos resulta ser el único método para proteger las semillas del proceso de transformación democrática. La confirmación de la validez de esta fecha la encontramos en la ambigua actuación de los militares rusos. Las dos décadas transcurridas entre la Revolución de los Claveles y la revolución rusa de los noventa han servido para que la opinión pública dejara de asociar los tanques del presidente Yeltsin disparando contra el edificio del Parlamento pos-soviético en octubre de 1993 con las imágenes del bombardeo del palacio de la Moneda en Santiago de Chile por la aviación del general Pinochet en septiembre de 1973.

III. EL SOCIALISMO VUELVE A VISITAR A LA DEMOCRACIA

Decir que vivimos en un mundo nuevo es mucho más que decir que la democracia no es atacada, que convive en armonía con la Monarquía o que ha desaparecido la Unión Soviética. Es decir, también que dejamos de creer en las letanías políticas que recitábamos hace apenas tres o cuatro años cuando enterrábamos el socialismo del Este. En un Seminario en Moscú en 1991 Gabriel A. Almond, comentando la clásica obra de Joseph Schumpeter *Capitalismo, socialismo y democracia*, decía: «A diferencia de Schumpeter, yo no incluyo el socialismo en mi título, pues su futuro como ideología diferenciada y programa de acción es poco claro en el mejor de los casos» (Almond, 1991, 467). El alivio que sentía, porque finalmente se podía separar el deba-

te sobre la democracia del debate sobre el socialismo, resultó ser prematuro. El mundo que se vislumbra en 1994 después de la caída del comunismo es bien distinto de lo que imaginábamos en los momentos que siguieron al espectacular colapso de éste. En 1989, año del triunfo de *Solidarnosc* en las primeras elecciones democráticas, a nadie se le hubiera podido ocurrir que en las elecciones siguientes, en 1993, la victoria sería de los ex comunistas y que *Solidarnosc* no tendría representantes en el Parlamento polaco. Los que vieron cómo caía el muro de Berlín en 1990 no pensaban tampoco que el partido de los ex comunistas, el PDS, sería en 1994, según los sondeos, la segunda fuerza política en la ex RDA detrás de los socialdemócratas. Los ex comunistas no han dejado de gobernar nunca en Bulgaria, Rumania, Serbia y en todas las repúblicas ex soviéticas de Asia Central. Ganaron las elecciones presidenciales en Lituania en 1992 y las parlamentarias en 1993 en Polonia (Potel, 1994).

La pregunta que está en el aire es la siguiente: ¿Vuelve el socialismo después del socialismo? Esta pregunta es de capital importancia no sólo en Europa del Este, sino también en Occidente. La paradoja de la victoria sobre el socialismo real en el Este es que no son las fuerzas políticas conservadoras y liberales las que han salido políticamente beneficiadas de la derrota del adversario socialista, aunque fueron ellas las que dirigieron la operación desde los gobiernos y sus líderes los que asestaron el golpe final. Algo semejante ocurrió en 1945 cuando Winston Churchill, estando al frente del gobierno, ganó la guerra, pero no las elecciones contra los laboristas. Tampoco le ayudó a George Bush su victoria en la guerra contra Irak para frenar al candidato del Partido Demócrata Bill Clinton. En Francia, la derrota de los socialistas en las elecciones generales en marzo de 1993 se debió precisamente a que su política no era socialista. En Italia, la principal fuerza política anticomunista, la Democracia Cristiana, ni siquiera tuvo tiempo para celebrar la victoria sobre el comunismo y ha desaparecido como partido político. Sus adversarios comunistas, según las encuestas electorales, están más cerca del poder que nunca. Todo ello pese al terremoto político que barrió al comunismo de la arena política mundial e italiana en la primera mitad de los noventa.

En Alemania, el partido de Helmut Kohl, que aplastó a los socialdemócratas en las primeras elecciones después de la reunificación de Alemania, en 1994 ha de hacer equilibrios para mantenerse en el poder y preservar su unidad. Los sondeos electorales dan por segura la victoria de la izquierda. Después de haber vencido el socialismo real, los alemanes se sienten más socialistas que nunca. La situación es preocupante no por la suerte del CDU/CSU en las elecciones de 1994, sino por la poca fe en la democracia que confiesan los alemanes en los sondeos de la opinión pública. Elisabeth Noelle-Neumann,

basándose en el sondeo efectuado en diciembre 1993, destaca en el título de su informe mensual que en los nuevos *Länder* el resplandor de la democracia se está apagando. Le parece grave que a los cuatro años de la reunificación todavía un 57 por 100 de población vea el socialismo «como una buena idea». La mitad también cree en la «tercera vía» entre el socialismo y la economía de mercado. Sólo el 33 por 100 —frente al 41 por 100 de 1990— está contento de que el sistema político que se adoptara después de la reunificación sea el de la *Bundesrepublik*. Un 45 por 100 sigue creyendo que socialismo y democracia no se excluyen. Sólo un 32 por 100 cree que la democracia que tiene Alemania es la mejor forma de Estado. En el mismo sondeo, casi dos tercios de los alemanes de los viejos *Länder* y el 61 por 100 de los nuevos se sienten decepcionados con los tres partidos políticos mayoritarios. Con poca diferencia pero siempre más de la mitad de los alemanes de ambas partes esperan con ansiedad que surja un político fuerte capaz de frenar la criminalidad y el desempleo. Un 64 por 100 en el Oeste y un 69 por 100 en el Este cree que hacen falta profundas reformas políticas y sociales (*Frankfurter Allgemeine Zeitung* de 19 de enero de 1994, pág. 6). Resultados semejantes arrojó en 1992 el sondeo efectuado por Gallup en otros países del Centro y del Este de Europa. En Polonia, el 39 por 100 de los preguntados respondía que el sistema anterior era mejor del actual; en Hungría, hasta más de la mitad de los preguntados valoraba el sistema anterior como mejor (Madej, 1993, 429). No podían ser otros los resultados de las elecciones parlamentarias de Polonia en 1993, que dieron una victoria aplastante a los ex comunistas y a sus aliados del Partido de los Campesinos. Y lo mismo se puede decir de las elecciones rusas de diciembre de 1993. Según un sondeo de la Comunidad Europea, el 58 por 100 de los entrevistados calificaba la «economía de mercado» de «mala cosa». En 1990 esta nota la pusieron sólo el 34 por 100 (*Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 1 de marzo de 1994, pág. 7).

IV. EL TRIUNFO DE LA DEMOCRACIA Y LAS DUDAS SOBRE SU CONSISTENCIA

En términos cuantitativos, la democracia ha dejado de ser definitivamente el sistema político que practica la minoría de la población del mundo. El proceso de universalización de la democracia se va acelerando en la década de los noventa de este siglo. Es, pues, importante recordar que a finales del siglo XVIII había sólo tres Estados democráticos: Suiza, Estados Unidos y Francia. En 1828 comenzó la primera oleada de democratización, que duró casi un siglo, hasta 1926 (Huntington, 1991, 15). En 1900 había 13 Estados libres,

y en 1919, 27. En la década de los treinta la democracia sufrió un gran retroceso y la cifra de países democráticos se redujo a sólo 14. La segunda oleada se inició en 1945, con la democratización de Alemania, Italia y Japón, y finalizó en 1962 cuando los sistemas políticos denominados democráticos llegaron a 36 países (Diamond, 1992, 453). La tercera oleada de democratización se inicia en la mitad de los años setenta y su rasgo más distintivo es que alcanza al mundo comunista (Huntington, 1991, 23). Pese al enorme avance de la democratización, en 1991 la mayoría de la población mundial, un 56 por 100, sigue sin vivir en países libres (Fukuyama, 1991, 659). El verdadero cambio se produce en los dos años posteriores a la descomposición de la URSS (Holm y Sorensen, 1993, 275). En su informe anual de 1993 la Freedom House informa de que hay ya 75 países libres, apuntando que sólo el 31 por 100 de la población mundial, la mayoría en China, vive bajo regímenes represivos (Bartly, 1993, 16).

Son éstos datos que podrían satisfacer a los demócratas. Sin embargo, la valoración de este cambio, desde la perspectiva de los rigurosos criterios que impone la ciencia política, no deja de ser contradictoria. El problema empieza en cuanto el número de casos que hay que estudiar se incrementa. Este problema no lo tuvo James Bryce al principio de los años veinte, cuando publicó su *Modern Democracies*, en el que pudo limitarse a un estudio de seis países: Australia, Canadá, Estados Unidos, Francia, Nueva Zelanda y Suiza. Hoy día, si lo que se pretende es que el estudio de la democracia sea completo, hay que extenderse a docenas de países en todos los continentes. De ahí que se haya convertido en una verdadera obsesión de la *comparative politics* el incrementar la cantidad de países hasta llegar al óptimo, es decir, a la cifra coincidente con la de los miembros de la ONU. Sin embargo, con este procedimiento es muy difícil mantener criterios uniformes. Por un lado crece *N*, pero por otro se excluye a países que se consideran demasiado específicos bien por ser petrolíferos con la renta *per capita* más alta del mundo bien por tener una población inferior a un millón de habitantes. Si aplicamos la metodología de la *comparative politics* probablemente se nos escapará el hecho, por citar un ejemplo, de que Rusia y Andorra celebraron por primera vez en su historia elecciones libres el día 12 de diciembre de 1993. Pese a las obvias diferencias socioeconómicas y de todo tipo existentes entre ambos países, no cabe duda de que la tercera oleada de democratización los ha arrastrado del mismo modo.

Al hilo de esto surge otra pregunta: ¿hasta qué punto los nuevos sistemas políticos democráticos adoptados en muchos países de Asia, Africa, América Latina y en el Este de Europa pueden transformar sustancialmente a esos países? ¿Pueden éstos de la noche a la mañana romper definitivamente con

su pasado predemocrático? De hecho no se debería esperar de la democracia ningún cambio sustancial, ninguna ruptura radical con el pasado. La democracia ha dado siempre muestras de enormes cualidades de ajuste a las condiciones reales de la vida y gracias a esto puede aspirar a ser una forma de política universal. Fue Tocqueville quien destacó la convivencia de la democracia con la oligarquía en América. Otros autores contemporáneos llaman la atención sobre el hecho de que la democracia fue practicada ya en la Edad Media (Mayer-Tasch, 1993) o de que instituciones modernas como los partidos políticos cultivan formas tradicionales de la vida política como el clientelismo (Cazorla, 1992).

Teniendo en cuenta estas afirmaciones generales no nos debe sorprender que los guerrilleros angolanos de Jonas Savimbi, al darse cuenta de que habían perdido las elecciones de nuevo, retomaran las armas para corregir el contenido de las urnas. Los medios de comunicación han preferido no profundizar en estos acontecimientos pues se trata de la misma formación política que en la década anterior había recibido ayuda de Estados Unidos para luchar por la democracia combatiendo un régimen marxista. Todo parece indicar que por el momento en la mayoría de los países africanos las nuevas instituciones democráticas no están haciendo más que asumir la función de ser un nuevo marco político para las viejas luchas tribales, los enfrentamientos nacionales, étnicos y lingüísticos. El peso de la época colonial, los restos del autoritarismo, el paternalismo y finalmente el bonapartismo son en realidad los factores que impiden el asentamiento de la democracia liberal en Africa (Faton, 1990). Cuando cayó el muro de Berlín en 1989, en 38 de los 45 países del Africa Subsahariana gobernaban regímenes autoritarios y apenas dieciocho meses después, en medio de ellos, tuvieron lugar elecciones multipartidistas. Sin embargo, sólo en cuatro ocasiones éstas obligaron al cambio de gobierno (Robinson, 1993, 84). Como en Angola, tampoco en Etiopía y Mozambique las guerrillas anticomunistas fueron precisamente fuerzas que lucharon sólo por la democracia. En Afganistán, los que arrebataron el poder al régimen soviético no ocultaron nunca su profundo desprecio por las instituciones democráticas. Hoy día lo siguen manifestando no sólo en Kabul, sino también en los países del Norte de Africa, en los que el terrorismo fundamentalista está en gran parte organizado por los ex combatientes musulmanes de la guerra en Afganistán.

En resumidas cuentas, el triunfo cuantitativo de la democracia, pese a las dudas que hay sobre su consistencia, exige distanciarse de una de las tradiciones más importantes del pensamiento democrático, representada en su momento por Hans Kelsen, para quien la democracia moderna y contemporánea no tiene sus antecedentes inmediatos en el mundo antiguo, sino en unas ex-

perencias concretas de los pueblos germánicos y anglosajones y en su particular desarrollo social y económico. Hoy día mantener este punto de vista es anacrónico, ya que la democracia la practican naciones no germánicas, no anglosajonas, no nórdicas, sin un pasado colonial británico y no inscritas en el círculo del protestantismo, es decir, naciones que, según la ciencia política de los sesenta, carecían de los requisitos para practicar la vida democrática.

V. LA ESTABILIDAD DE LAS DEMOCRACIAS INCIERTAS

Los triunfos internacionales de la democracia no pueden, sin embargo, minimizar la dificultad que entraña el definir de nuevo aquello en que radica la verdadera fuerza de la democracia. Esto es tanto más necesario si se tiene en cuenta que las *democracias* en su conjunto están pasando por una etapa de grandes cambios. Ernst Nolte, en un ensayo escrito en el momento en que ya se había desvanecido la euforia que siguió al fin del comunismo, plantea el problema de la estabilidad de las democracias liberales en la nueva época. Elijiendo un título algo dramático «Die Fragilität des Triumphs. Zur Lage des liberalen Systems nach der neuen Weltordnung» (*Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 3 de julio de 1993). Su tesis parte de una suposición. Si es verdad que el respeto general por los valores liberales significa creer y practicar el pluralismo, hay que estar dispuesto a aceptar las consecuencias de dicho pluralismo, una de ellas es que puede haber gente a quien no le importe la democracia. Al socialismo y a la nación se les ama; a la democracia, no necesariamente. Este punto débil de la democracia no le preocupa a Nolte, pues ve en él su rasgo distintivo y su fuerza más grande. Nolte cree que es precisamente esa fragilidad lo que le ha dado a la democracia la victoria sobre el totalitarismo. Concluye su ensayo diciendo que hay que liberarse de la ilusión de que las democracias liberales sean sistemas políticos estables. Diga lo que diga Nolte, los demócratas desean la estabilidad hasta la obsesión. Obsesión perfectamente justificada en un país como Alemania, que en el siglo xx ha sufrido tres veces: 1918, 1933 y 1945, la quiebra total de su organización política, por no mencionar la de 1990, pues no cabe duda de que la RDA era una organización política alemana.

Las democracias, con tal de asegurarse las mejores condiciones para la estabilidad política, están dispuestas a forzar al máximo reglas democráticas como la de la separación de los tres poderes. Los padres de la Constitución americana supieron resolver este problema de forma muy eficaz, apostando por la aplicación rigurosa de dicha regla, pero compensándola con otra regla de apoyo, la de *Check and Balance*. Los sistemas políticos contemporáneos,

en su empeño por garantizar la estabilidad, son menos respetuosos con la regla de separación de los tres poderes. El resultado de esta actitud se plasmó en la constitución de la V República francesa de De Gaulle y ha sido llevada al extremo en la Constitución democrática rusa de Yeltsin.

Pero aún más preocupante es la realidad sociológica que surge como consecuencia de fundir los tres poderes. No cabe la menor duda de que uno de los factores que ayuda a mantenerse estable al sistema político de Alemania es el hecho de que el 52 por 100 de los parlamentarios alemanes sean funcionarios aunque, por otro lado, esa circunstancia haga muy difícil hablar del respeto a la regla de la separación de los tres poderes en el sentido sociológico. Que la clase política alemana es poco devota de esa regla se desprende del hecho de que el nuevo presidente de la República será el actual presidente del Tribunal Constitucional, quien además es un conocido protegido del actual jefe del Ejecutivo. Aun siendo perfectamente constitucional desde el punto de vista legal, cabe preguntarse si esta práctica no roza lo no democrático. En otros tiempos prácticas semejantes se condenaban rotundamente por atribuir las sólo a los sistemas políticos del Este, donde, por ejemplo, en los comités centrales de los partidos la mayoría eran funcionarios del aparato del partido. Hoy día son tema de preocupación en las democracias estables de Occidente. Lo reflejan publicaciones, como el libro de Hans Herbert von Arnim *Staat ohne Diener. Was schert die Politiker das Wohl des Volkes*, que se suma a las voces de los críticos de los partidos políticos. El autor cree que por perseguir sus objetivos corporativos los partidos empujan a los ciudadanos a un segundo plano y en consecuencia los sistemas democráticos corren el peligro de que los partidos políticos dejen de hablar la misma lengua que el pueblo.

La profunda crisis que sufre la democracia italiana ha sido provocada por el descontento de los ciudadanos con sus partidos políticos, que llevan trabajando conjuntamente a lo largo de cuatro décadas para alejar el peligro de la inestabilidad política. Es verdad que gracias a esa armonía entre sus partidos Italia pudo evitar la revolución, pero a costa de que su *clase política* perdiera toda la confianza de los ciudadanos. Hoy día, para la mayoría de los italianos representa en su conjunto una casta cerrada que sólo merece un castigo colectivo como lo merecían la que formaban los dirigentes políticos en los regímenes comunistas del Este.

Pese al ímpetu del impulso democrático, las denuncias de falta de respeto por las reglas democráticas en instituciones políticas de reciente creación como la Comunidad Europea, que se hacen desde diversos puntos de vista, no tienen hoy más que una mera función testimonial (Boyce, 1993). Nadie con un mínimo sentido de realismo político cree en la posibilidad de unas reformas inmediatas que den mayores garantías a los derechos democráticos de

los ciudadanos europeos mediante la búsqueda de un equilibrio entre los poderes ejecutivos de la Comisión y un poder equivalente del Parlamento Europeo. Dificilmente puede ser demócrata quien cuestione y desprestigie al legislativo en aras de la estabilidad y eficacia política o por los motivos que sea, que obviamente serán distintos en Bruselas, Lima o Moscú. La democracia se tiene que defender de estos posibles abusos. Como se sabe, la democracia en la República de Weimar se acaba el día 24 de marzo de 1933 en el acto en que el mismo Parlamento confiere al gobierno la potestad legislativa y la potestad constitucional *Entmündigungsgesetz*. Con esta ley, el supremo órgano legislativo de la República pierde sus funciones soberanas y le confía al Gobierno un poder constitucional. A los que justifican la política de limitar el poder de los Parlamentos llevada a cabo por algunos presidentes, como Alberto Fujimori y Boris Yeltsin, se les debería recordar que Carl Schmitt justificó también la *Entmündigungsgesetz*, por lo que posteriormente se le achacó el compromiso con la dictadura nacionalsocialista.

En resumidas cuentas, en nuestros días la fe en la fuerza de la democracia liberal, que radica, como hemos visto, en su fragilidad sigue viva, pese a esa tendencia que existe a buscar la estabilidad política a cualquier precio. Tal vez por esta razón las evidentes deficiencias del nuevo constitucionalismo del Este constituyen un campo de estudio extraordinario para los politólogos (González Enríquez, 1993). Estos no sospechan que la peculiaridad del proceso constitucional ruso o la ausencia de una nueva Constitución en Polonia, Constitución que sería de esperar en cualquier nueva etapa democrática, puedan ser desviaciones, deformaciones de la democracia, sino que ven en ellas más bien un exponente de la incertidumbre que caracteriza a la democracia contemporánea en general.

VI. ¿POR QUE LAS DEMOCRACIAS AÑORAN LA GUERRA FRÍA?

Normalmente no se cuestiona la tesis de que la democracia, por ser obra de la clase burguesa, la más plena expresión de sus aspiraciones económicas y políticas, cambiará profundamente a consecuencia de las transformaciones de la estructura social y en la cultura contemporánea. Del mismo modo podemos pensar que los cambios en la política internacional que vivimos tendrán también su resonancia en el funcionamiento de la democracia. La democracia consiguió sus principales avances en la época de la guerra fría, aunque está todavía por demostrar si fue precisamente la confrontación con el sistema comunista a escala mundial el principal factor que permitió la cohesión política en torno a los valores democráticos. De cualquier modo el

derrumbamiento del sistema soviético supone no sólo la victoria de las democracias sobre los sistemas totalitaristas, sino también el fin de un tipo de conflicto internacional denominado ideológico en que las democracias tenían la oportunidad de autodefinirse con mucha precisión en términos ideológicos. Hoy día la política internacional no ayuda a los que buscan una definición ideológica de la democracia. Por falta de un adversario ideológico, como en su día fueron el fascismo, el nacionalsocialismo y el comunismo, los Estados democráticos, por primera vez en la historia de las relaciones internacionales, ni saben determinar con suficiente rigor quién es su enemigo ni logran autodefinirse. El intento de determinar el nuevo enemigo de la democracia que se hizo inmediatamente después de la derrota del comunismo en plena guerra de Golfo en 1990 era prematuro (Balázs, 1993). Ni el Irak de Sadam Hussein, ni mucho menos los señores de la guerra en Somalia, han resultado válidos como factor polarizador de alternativas ideológicas. El nacionalismo y las confesiones no pueden ser adversarios propiamente dichos porque no son *ismos* (Calhoun, 1993).

Desde el momento en que la democracia ya no se puede definir simplemente como oposición al totalitarismo el nombre de *Free World*, queda vacío de significado. Hoy sería muy difícil seguir con una práctica habitual en la guerra fría, consistente en que a algunos regímenes que demostraban su firmeza en la lucha contra el comunismo, no se les pedía un respeto riguroso de las normas democráticas, de lo que se aprovecharon varios regímenes autoritarios en América Latina y Asia, así como en Corea del Sur y en Europa, incluso en España. Bastaba con ser un aliado de las potencias democráticas, no hacía falta ser necesariamente demócrata. De esta regla se sirvieron ya a finales del siglo XVII las tribus indias que lucharon al lado de las tropas independentistas americanas. Para conseguir un aliado que consideraban estratégico, las democracias occidentales estuvieron dispuestas a colaborar durante un tiempo con el régimen dictatorial de Stalin. Los *muyahidín* que lucharon contra el régimen comunista en Afganistán hace apenas diez años no eran demócratas. Finalmente, al presidente Bush no le importó que varios de los miembros de la coalición internacional anti-iraquí no fueran precisamente ningún modelo de demócratas.

Otro motivo que tienen hoy día las democracias para añorar la guerra fría es también el hecho de que en aquella situación ambos sistemas compartieran ciertas ideas. En la época de la guerra fría Este y Oeste, enfrentados políticamente y en permanente alerta militar, vivían en un plano teórico más cerca de sí. La confrontación ideológica era el síntoma inequívoco de que ambas partes discutían los mismos criterios. Peter F. Drucker, contemplando este fenómeno con la distancia que da el tiempo dice: «En lo que se refiere a la li-

bertad política, religiosa e intelectual los países totalitaristas (...) y las "democracias" (...) eran una antítesis total; pero en términos de la *teoría* subyacente, estos sistemas se diferenciaban más en grado que en clase. Las democracias diferían en cómo hacer las cosas; pero diferían mucho menos en qué cosas hacer. Todos veían el gobierno como amo de la sociedad y amo de la economía y todos veían la "paz" en forma de "guerra fría"» (Drucker, 1993, 133). Una valoración semejante de la época de la guerra fría nos la da Manuel Wallerstein, quien en dos personajes tan distintos y emblemáticos para todo el siglo xx como fueron Wilson y Lenin ve sólo diferencias de método, no diferencias de fondo. Recuerda que, según el presidente americano Woodrow Wilson, el mundo podía ser democrático por la vía de conceder la independencia a las naciones colonizadas. Wladimir Lenin, por su parte, apostó para conseguir la independencia de las naciones de la periferia por una política revolucionaria del proletariado encaminada a liberar a los pueblos de la dependencia imperialista. El punto en común entre ambos era una *visión universal* del mundo. Efectivamente, la política internacional iniciada en 1917 paralelamente, aunque con promesas y objetivos distintos, tenía como telón de fondo la misma cuestión: trazar los caminos de desarrollo nacional a seguir en las zonas periféricas del mundo. Esta fase de la política internacional muere en 1989. Ni Polonia, que resurge gracias a la coincidencia de los objetivos políticos de Wilson y Lenin en 1918, ni Argelia, que tiene que agradecer tanto a la URSS como a los Estados Unidos su independencia, en tanto en cuanto ambas potencias se opusieron a las guerras coloniales europeas, han podido aprovechar su *status* de independencia nacional para progresar en su desarrollo económico y social, para abandonar definitivamente su condición de países de periferia (Wallerstein, 1992).

El comunismo, la ideología que aglutinaba a los países del Este y les servía de base en su enfrentamiento con los países occidentales, nació en Occidente. El equilibrio entre las ideas de liberalismo, democracia y conservadurismo no se rompió en 1917, sino que encontró una fórmula geopolítica nueva. Rusia, que en el siglo xix estaba en la posición de defensor de los valores conservadores, en el siglo xx pasa a defender las ideas revolucionarias. Y como hemos visto, esta postura también ha sido pasajera. Un intelectual polaco se lamenta, con razón, de que, «por segunda vez en el siglo xx Rusia ha entrado en un estado de fiebre y convulsiones sociales como consecuencia de ideas que fluyen desde Occidente. Hace setenta años éstas eran el marxismo; hoy, la democracia y el mercado libre. Las ideas distintas, pero el terremoto parecido. Al igual que después de 1917 hoy el destino de Rusia e indirectamente el del resto del mundo depende del choque entre pequeños grupos políticos. Tanto antes como ahora actúan de modo autoritario» (Madej, 1993, 426). La

prueba definitiva de que Este y Oeste no llegaron nunca a romper el diálogo es que, pese a la gravedad del conflicto entre ambas partes, se pudo llegar a un acuerdo internacional en el que el Este se comprometió en el Acta Final de la Conferencia de Helsinki de 1975 a respetar los derechos humanos como un compromiso de Derecho internacional. En aquel momento este acto fue despreciado por China. Fue China quien protagonizó esta vez abiertamente el rechazo a otro intento similar de conseguir un compromiso como el de Helsinki, esta vez a nivel mundial. En efecto, la conferencia de las Naciones Unidas de Derechos Humanos en Viena en junio de 1993 fue calificada de primer campo de batalla en la era de los choques de civilizaciones. Fue un conflicto abierto entre los regímenes autoritarios de Asia y los Estados democráticos de Occidente. La delegación china insistió en que la democracia no es objetivo prioritario en su agenda de desarrollo, pero tampoco se negó a respetar los derechos humanos siempre en el marco de su Constitución de 1982, que ve la democracia como «la dictadura del pueblo» y de las tres reglas fundamentales de su política, que son el liderazgo del Partido Comunista, el sistema socialista en la economía y la fidelidad al pensamiento marxista-leninista-maoísta (Heilmann, 1993). Nathan Gardels, director de la influyente revista *New Perspectives Quarterly* (vol. 10, número 3, verano 1993, págs. 2-3), no respetando este viejo criterio de la política de los regímenes marxistas, no ha temido acudir al nombre «axis» para denunciar la coalición confuciano-islámica, es decir, la coalición chino-iraní, que, junto con los Estados islámicos de Asia, se opusieron totalmente a la iniciativa de Occidente de defender los derechos humanos como derechos universales. Occidente ha conseguido sólo un éxito táctico. La Declaración de Viena hablaba del respeto de los derechos del individuo teniendo en cuenta las circunstancias culturales y religiosas, lo que fue interpretado por todo el mundo como la confirmación del relativismo de los valores de Occidente y de su cultura política democrática.

VII. LA DEMOCRACIA «DESESTANDARIZADA»

La catástrofe del comunismo ha colocado el futuro político de Occidente en un nuevo tablero de ajedrez de ideologías. La derrota del comunismo ha agotado hasta el fin las alianzas ideológicas y políticas creadas con el único objetivo de combatir conjuntamente el comunismo y ocultando serias diferencias internas. La consecuencia inmediata de la desaparición del comunismo es que las viejas alianzas tanto a la *izquierda* como a la *derecha* han perdido definitivamente su consistencia.

En la mitad de los años ochenta la izquierda europea perdió la cohesión

de sus programas originales, asumiendo la responsabilidad de llevar adelante una política liberal. Lo refleja de forma espectacular la ruptura en 1984 de la alianza entre los socialistas de Mitterrand y los comunistas de Marchais, firmada en 1972 y que le había asegurado la presidencia de la República a Mitterrand en 1981. A partir de la mitad de los años ochenta los partidos socialistas en el poder en Francia y España empezaron a pilotar una política de corte liberal. El mapa político se complica aun más en 1992 cuando, después de la victoria sobre el comunismo, en vísperas de las elecciones presidenciales en los Estados Unidos, se rompe la alianza de las fuerzas políticas de la derecha, establecida por los conservadores tradicionales y los neo-conservadores a partir de la mitad de los años cincuenta para unir sus fuerzas contra el enemigo común, el comunismo. Después de la victoria sobre éste ya no era posible esconder las diferencias de fondo entre los viejos conservadores y los liberales. La falta de cohesión interna dio la victoria a la nueva alianza de la izquierda liderada por Clinton (Fulkner, 1993, 112). La alianza de las dos familias ideológicas contrarias, la de los viejos conservadores —en el fondo, antiliberales, anticapitalistas— con los liberales funcionó sólo para frenar el comunismo en la política internacional. Una vez cumplida esta misión no fue posible mantenerla y el viejo conflicto entre las fuerzas conservadoras y liberales, omnipresente en Europa en la década de los veinte, y en América antes del *new deal*, resucitó abriendo nuevos campos de batalla política. De hecho, la descomposición y finalmente disolución en 1993 de la Democracia Cristiana en Italia es el resultado más espectacular de la ruptura de las tradicionales alianzas de la derecha. Aun más importantes parecen ser las tensiones internas en los partidos cristiano-demócratas, así como entre el CDU y el CSU, y finalmente la creciente dispersión organizativa de la derecha en Alemania. Los conservadores británicos están en la misma onda de enfrentamiento después de abandonar el liderazgo del partido Margaret Thatcher. Los *tories* todavía no han encontrado una fórmula nueva de equilibrio entre las fuerzas del viejo conservadurismo y los liberales.

Por otro lado, el fin del comunismo significa la salida inmediata de la lógica de los *standards* institucionales de la democracia. Después de 1991 se da definitivamente por concluida la vieja política transatlántica en la que los Estados Unidos desempeñaban el papel de maestro de la democracia, dando paso a una nueva relación de *partners* en materia de organización política (Pinto, 1992). La principal novedad es que los Estados Unidos tienen que acostumbrarse cada vez más a ver a sus aliados europeos, como, por ejemplo, Alemania, no como unos amigos que de forma periódica sufren dificultades con la democracia, sino, en primer lugar, como unos competidores en el mercado internacional (Bertram, 1992). Esta nueva relación entre América y Europa

en cuanto al funcionamiento de las instituciones se refiere se reflejó en las elecciones presidenciales de 1992, en las que el candidato vencedor, por primera vez desde hace más de un siglo, no logró la mayoría de voto. Esto significa que la democracia americana, denominada presidencialista, va adquiriendo unos nuevos aspectos que la hacen más parecida a las democracias parlamentarias europeas. Con esto se cierra el ciclo que se inició cuando las democracias europeas intentaron americanizar sus instituciones políticas. Charles de Gaulle, con toda su retórica antiamericana, tenía claro que para dar más estabilidad al sistema político había que acabar con la «dictadura del legislativo» y de los partidos políticos que estaban hundiendo a la IV República.

En este momento se puede observar que, mientras el sistema político americano intenta distanciarse de lo que hasta ahora había sido su lógica particular, el presidencialismo puro, y abre las puertas a formas de gobierno parlamentario, los nuevos aspirantes a la democracia en América Latina, Corea del Sur y Filipinas, y todas las democracias del Este, aproximadamente 25, excepto Hungría, la República Checa y Eslovaquia, están diseñando sus constituciones siguiendo el modelo del puro presidencialismo (Stepan y Skach, 1993, 4).

La actual política internacional obliga a admitir la posibilidad de que la democracia como sistema político adquiera en la práctica formas menos estandarizadas. La época en que dominaba el afán por copiar las instituciones de la democracia americana hay que darla por concluida. De hecho, podemos ver que los sistemas políticos que fueron fundados de nuevo en 1945, como los de Alemania, Japón e Italia, de forma brusca rompen ahora sus principales estructuras políticas, creadas en gran medida para cumplir una función en la época de confrontación con el comunismo soviético, y tienen la oportunidad de volver a sus tradiciones nacionales. Si hablamos de las *democracias inciertas* como un fenómeno global tenemos que admitir que, de la misma manera que la democracia de la India será cada vez más hindú y menos parecida a la de Westminster, también los sistemas políticos de Rusia o de Polonia se distinguirán de las democracias americana o británica, y no por ello dejarán de ser democracias. Es posible que, siguiendo el ejemplo de las democracias capitalistas de Asia, también ellos reclamen el ser aceptados con sus rasgos propios, que prefieran ser menos permisivos, más autoritarios, que apuesten más por el bien común que por los derechos individuales, e incluso puede que quieran que domine en ellos un solo partido. No se puede descartar que quieran tener una burocracia centralizada y un Estado fuerte. No serían, por otro lado, opciones tan descabelladas, de hecho, en algunos puntos coinciden con los representantes del *communitarism*, la corriente intelectual

e ideológica norteamericana que ve en la derrota del comunismo el primer acto de retirada del liberalismo e individualismo, y que aboga por una democracia cimentada sobre los valores tradicionales del colectivismo (Etzioni, 1992).

VIII. UNA GEOPOLITICA DE LA DEMOCRACIA

La ciencia política, reflexionando sobre la nueva realidad de la política internacional, propone una serie de conceptos que cree pueden ser útiles para los máximos mandatarios a la hora de diseñar una nueva estrategia internacional. Con esta intención, Max Singer y Aarón Wildavsky, en un libro titulado *The Real World Order*, dividen el mundo en dos esferas. A la primera la llaman *zones of peace*, que está compuesta por *stable, rich democracies*. La segunda recibe el nombre de *zones of turmoil* y en ella vive el 85 por 100 de la población del mundo. En este otro mundo se sitúan los países del Este. Singer y Wildavsky están convencidos de que Rusia no será democrática durante mucho tiempo, pero tampoco será poderosa, afirmación que se puede interpretar sólo como una confirmación de que se sigue con la práctica de instrumentalización de la democracia en la política internacional.

Si de verdad Occidente está dispuesto a instrumentalizar la democracia hasta el extremo, es decir, a usar la retórica democrática con el único fin de conseguir sus objetivos inmediatos, puede perder lo que constituía su verdadera superioridad, a saber, la capacidad de proponer al mundo entero un sistema de valores universales. La democracia al servicio exclusivo de la geopolítica lleva a Occidente por el mismo camino que va Japón, que se reasiatiza cada vez más o Medio Oriente que también se reislamiza (Huntington, 1993, 26). Por instrumentalizar la democracia Occidente ofrece en bandeja un argumento para oponerse a respetar las normas democráticas. El Gobierno chino tiene razones para pensar que las exigencias de reformas democráticas que se están formulando en estos momentos no tienen otra función que la de debilitar al Gobierno y frenar la rapidez del desarrollo económico de China, motivado por los cambios en la composición de fuerzas en la política internacional a muy corto plazo. Occidente insiste en la protección de los derechos humanos en China precisamente en el momento en que se prevé que China pueda ser muy pronto una de las primeras potencias económicas del mundo, con todas las implicaciones geopolíticas que esto supone. Las presiones políticas al Gobierno chino con la retirada de los privilegios comerciales coincidieron con las noticias divulgadas por la prensa europea según las cuales en Irán, calificado por las autoridades americanas de protector del terrorismo in-

ternacional, Estados Unidos ocupa el primer lugar en la lista de socios comerciales.

Por otro lado, es bastante sospechoso que el Reino Unido insista en la creación de instituciones democráticas en Hong Kong después de casi cien años de mandar allí e inmediatamente antes de devolver la soberanía sobre este territorio a China.

En el mismo orden de falta de congruencia con los principios democráticos hay que situar la ambigüedad del trato que da Occidente a los políticos rusos. A Zhirinovski le acusan de ser el «sepulturero de la democracia», pero por otro lado saben que éste excluye de sus opciones geopolíticas cualquier acercamiento a China, Japón o a los países musulmanes, opción que se reservan otras fuerzas políticas en Rusia que se declaran y son consideradas por todos democráticas, como la más reciente diplomacia de Kosiriev. Los demócratas rusos siguen siendo partidarios de la escuela geopolítica surgida en los años veinte, que prevé para Rusia el papel de potencia terrestre, no perteneciente ni a Europa ni a Asia, una potencia que, por ser «euroasiática», puede influir en la política internacional de forma decisiva, permitiéndose la máxima libertad tanto de enfrentamientos como de alianzas (Alexandrova, 1993, 366-368). Parece que sólo los nacionalistas rusos como Zhirinovski rechazan este tipo de política. «No nos preocupan las fronteras occidentales, sino el Sur. Allí hay una guerra y para que no haya más guerras debemos establecer fronteras justas.» Cree que Rusia no sólo debe reestablecer las fronteras del imperio, sino extenderlas hasta el Océano Índico, abarcando Afganistán, Rusia y Turquía (*El País*, 13 de marzo de 1994, página 8). El encuentro entre el ex presidente americano Richard Nixon con el recién liberado líder de la oposición antiyeltsiana general Alexandr Rutskói en marzo de 1994, hay que interpretarlo como una muestra más de que las razones geopolíticas siguen siendo el criterio principal a la hora de diseñar la política internacional americana.

En resumidas cuentas, la política de utilización de la democracia con fines geopolíticos no sólo impide que se llegue un día a poner en marcha una *cosmopolitan democracy* (Held, 1992), sino que justifica también que la respuesta de muchos de los países que no la respetan sea descalificarla con expresiones como *human rights imperialism*.

IX. DEMOCRATAS EN LUGAR DE DEMOCRACIA

No cabe duda de que Occidente sigue estando ilusionado con la idea de la democracia como proyecto universal. Sin embargo, el realismo político, así

como la falta de medios para imponer las normas democráticas, obliga a modificar constantemente la política impidiendo cualquier tipo de dogmatismo democrático. Juan J. Linz recordaba que «la democracia puede ser justificada sólo por una manera de pensar específica, que está fundada, como decía Kelsen, en un cierto relativismo o pragmatismo apoyado en un razonamiento empírico basado en un modo de pensar abierto, en elementos flexibles y sin apasionamiento» (Linz, 1987, 92). Por esta actitud pragmática Occidente se ha visto obligado a apoyar en 1992 moral y políticamente a los militares argelinos en su enfrentamiento con los fundamentalistas, aunque esto significaba nada menos que dejar de lado la regla de oro de la democracia *one man, one vote, one time*, pues en las circunstancias de la transición democrática de Argelia la aplicación de esta norma democrática favorecía a las fuerzas políticas antidemocráticas.

Por otro lado, dadas las limitaciones objetivas a la hora de crear una base sólida para la democracia en el Este, los políticos occidentales se sienten obligados a poner todas sus expectativas democráticas en sólo unas personas. En lugar de a la democracia Occidente prefiere apoyar a los líderes demócratas. Así, era obvio que Occidente tenía que expresar su apoyo inequívoco a Boris Yeltsin y sus militares en su enfrentamiento con el Parlamento ruso poscomunista en octubre de 1993. De todos modos, el proyecto de la democracia, visto desde la perspectiva de la política internacional americana, da la impresión de haber entrado en una fase de gran incertidumbre, dada la falta de recursos materiales para avalarlo. Desde mediados de los años setenta, los gobiernos americanos uno tras otro esgrimen la democracia como su principal móvil de actuación en la arena internacional. Lo mismo hace Bill Clinton, quien quiere mantener el liderazgo en la configuración de fuerzas internacionales e insiste en la necesidad de la *prodemocracy foreign policy* (Marshall, 1993). Sin embargo, ya en el debate electoral de 1992 las viejas fuerzas conservadoras se opusieron abiertamente a la idea de las cruzadas por la democracia, negando su apoyo a los planes de guerra contra Irak (Faulkner, 1993, 112). Por otro lado, los recursos materiales de que disponen los Estados Unidos no son suficientes para apoyar la política democratizadora en el extranjero, como ha puesto en evidencia al llegar el momento de asistir a las reformas económicas y políticas en Rusia. Los gobiernos de las democracias de Occidente son conscientes de esta limitación. Por no contar con suficiente apoyo estructural en su estrategia internacional, tienen que apostar forzosamente por líderes políticos que se consideran demócratas. Para Samuel Huntington está claro que «un régimen democrático se instala no por tendencias, sino por la gente», de que, en definitiva, son los líderes políticos los que tienen la fuerza de convertir las democracias en realidades duraderas (Huntington, 1991,

107). Nadie en el Este ha aprovechado más esta oportunidad ofrecida por Occidente que Boris Yeltsin en los sucesos de octubre de 1993.

Sin entrar a cuestionar la sensatez de esta postura, desde el punto de vista de la *Realpolitik* tenemos que advertir que con esto las democracias se exponen al riesgo de desviarse de lo que ha sido una de las grandes tradiciones del pensamiento democrático. Desde Thomas Paine siempre hemos oído que la grandeza de la democracia consiste en que precisamente la gente que no es ni grande, ni generosa, sino egoísta, individualista y que persigue sus pequeños intereses particulares, actuando conjuntamente, sí tiene la capacidad de crear un sistema político, si no perfecto, bastante mejor que los que no son democracias (Paine, 1984). Esta vieja fe en la institucionalidad de la democracia la cultivan sólo algunos de los representantes de la elite democrática en el Este. Estos se muestran muy escépticos sobre la posibilidad de fundar la democracia sólo en las personas, aunque éstas hayan sido toda su vida un modelo de lucha por la libertad. Coincido con Adam Michnik cuando dice que no cree que el presidente de Polonia Lech Walesa sea un demócrata, sino que la democracia le obliga a serlo. «No sé si Walesa durante los últimos tres años quería respetar las reglas del juego democrático; sé que tuvo que hacerlo» (*Wprost* de 27 de junio de 1993, pág. 5).

La política internacional pro democracia que apoya a personas concretas puede, sin embargo, en un momento dado provocar el estancamiento del proceso democrático, como ha sucedido en Haití o en Cuba. Al tratar la democracia como un compromiso personal, el gobierno americano se ha visto abocado a apoyar la figura política del presidente Aristides, pese a sus deficiencias como político en general. Esta postura tiene su revés en la vinculación de la transición política en Cuba al futuro político de Fidel Castro.

X. CHOQUE DE CIVILIZACIONES Y DEMOCRACIAS DUCTILES

La democracia, aunque es el resultado del desarrollo de una civilización determinada, ha pretendido siempre saltar sus fronteras y servir de base de entendimiento y de colaboración entre las distintas civilizaciones. De alguna manera, el concepto de democracia servía para unificar las ideas sobre la política, o mejor dicho, el que en lugares remotos se abrazara la democracia parecía demostrar que era posible entender por política lo mismo en todas las partes del mundo. El problema que habría que plantear en estos momentos es el siguiente: ¿Hasta qué punto la democracia puede aspirar al papel de una organización política global si en los tiempos en que vivimos es cada vez más manifiesto el autoaislamiento e incluso el enfrentamiento de las civilizaciones?

A esta pregunta ha intentado responder recientemente Samuel P. Huntington en las páginas de la revista *Foreign Affairs*. Su ensayo versa sobre el inevitable choque de civilizaciones y sus consecuencias para la política internacional. Huntington, dado el gran prestigio que mantiene desde hace décadas en el campo de los estudios internacionales, es la persona más adecuada para aventurarse a decir de forma abierta cuál será el nuevo paradigma que permita explicar la nueva realidad de la política internacional después de la guerra fría. Su hipótesis es que «las fuentes fundamentales de conflicto en este nuevo mundo no serán principalmente ideológicas ni principalmente económicas. La gran división en la humanidad y la fuente dominante de conflicto será cultural» (Huntington, 1993, 22). Esta afectará a ocho civilizaciones: «confuciana, japonesa, islámica, hindú, eslavo-ortodoxa, latinoamericana y posiblemente africana» (Huntington, 1993, 25).

Huntington cree que la confrontación ideológica entre Este y Oeste en la guerra fría es una muestra patente de que, pese a la confrontación, existía un diálogo entre ambas partes, para el cual era necesario como mínimo compartir el mismo lenguaje y conservar una serie de valores que se consideraban comunes. Cuando surgen conflictos entre civilizaciones este diálogo ya es imposible. Y afirma que la guerra fría no fue más que una guerra civil en el seno de Occidente. Añade que la verdadera guerra, que está por venir, es la que tendrá lugar entre civilizaciones. En ella Occidente tendrá como enemigos a todos: «The West against the Rest» (Huntington, 1993a, 19).

A Huntington le preocupa que una vez terminada la pugna entre Este y Oeste los Estados Unidos no puedan exigir de sus aliados estratégicos pertenecientes a distintas civilizaciones que compartan sus ideas sobre la práctica política y democrática. Huntington recuerda que cuando se daban las circunstancias de confrontación con la URSS a nivel mundial, Estados Unidos tenía más posibilidades de conseguir el respeto por los valores democráticos de sus aliados procedentes de civilizaciones no occidentales que ahora que ha desaparecido el peligro de la expansión comunista y los Estados pertenecientes a esas civilizaciones, como, por ejemplo, Japón, pueden sentirse menos comprometidos con los valores fundamentales de esa misma potencia que en el pasado le garantizaba su seguridad. Sólo en la época de la política internacional de enfrentamientos entre ideologías se podían dar alianzas que estuvieran por encima de las profundas diferencias culturales, étnicas y religiosas, pero eso ha pasado a la historia. En nuestros tiempos es sintomática la postura del primer ministro japonés Morihiro Hosokawa, al defender al Gobierno chino, presionado fuertemente por Estados Unidos para comprometerse más en la protección de derechos humanos y de las libertades políticas, asegurando a su homólogo chino Li Peng que «it is not proper to force a West-

ern or Europeantype democracy into others». Hosokawa respaldó además la política china en la mencionada Conferencia de Derechos Humanos de Viena (*International Herald Tribune*, 22 de marzo de 1994, pág. 5).

Huntington, con toda razón, dice que en la ex Unión Soviética los comunistas pueden ser demócratas, pero los rusos no pueden ser estonianos ni los azerbaiyanos pueden ser armenios (Huntington, 1993, 25). Efectivamente, si la identificación colectiva ya no puede ser ideológica, sino étnica, religiosa o cultural, hay que plantearse muy seriamente si el valor de la democracia en el mundo de choques de civilizaciones no se reducirá drásticamente a la escala de las prioridades tanto individuales como colectivas. Si sustituimos el conflicto ideológico y político entre democracias y no democracias por el enfrentamiento entre civilizaciones veremos que, en el fondo, sólo hasta 1990 los alemanes del Este tuvieron la opción real de elegir entre democracia y no democracia. Con sólo pasar a Occidente, y sin necesidad de poner a prueba su identidad nacional, hasta ese año los alemanes del Este podían disfrutar de la libertad que les daba el sistema democrático y demostrar a la vez su identificación nacional. En muchas ocasiones esta opción significaba arriesgar la vida. Lo mismo podían sentir los disidentes en toda la Europa del Este, los que pensaban que para confirmar su identidad nacional o religiosa la democracia era el sistema político más apropiado.

En la era de los choques de civilizaciones, y a diferencia de en los tiempos de la guerra fría, no solemos pensar que las personas que cruzan el Estrecho de Gibraltar lo hacen porque eligen la democracia, como pensábamos en verano de 1989, cuando miles de turistas alemanes cruzaban la frontera germano-húngara (Hirschman, 1993). La pregunta principal que se hacen los políticos de las democracias de hoy es distinta: ¿puede una persona procedente de una civilización culturalmente extraña integrarse en los países democráticos de acogida? Con algunas diferencias de matiz, la opinión que prevalece es que el inmigrante, por ser de otra nación, raza, religión, en fin, de otra civilización, no conseguirá nunca integrarse. Las instituciones democráticas y las garantías de libertad no le ayudarán gran cosa; le servirán sólo para existir al margen de ellas. Muy representativos de esta nueva mentalidad en las democracias, que se formó ya en la era de la política internacional dominada por el choque de civilizaciones, es el proyecto de la nueva ley de inmigración en Francia, que rompe con la tradición republicana que aseguraba el derecho de ciudadanía por haber nacido en territorio francés, y los cambios constitucionales en Alemania, que restringen el derecho a asilo político (Faul, 1992). Ambas sirven como una medida para restringir el flujo de inmigrantes procedentes de otras civilizaciones.

En torno a la cuestión de la inmigración se desarrolla un debate impor-

tante para la teoría de la democracia contemporánea que se centra en los diversos fenómenos de los Estados y sociedades multiculturales. La novedad de este debate es que, por primera vez dentro de la corriente del pensamiento democrático, se duda abiertamente de la propia capacidad de resolver conflictos que no son básicamente socioeconómicos, sino más bien raciales, culturales, étnicos o religiosos. Hasta hace poco, las ciencias sociales apostaban por que el proceso de modernización eliminara los rastros de diferencias étnicas, religiosas y raciales. La industrialización, la urbanización y la educación se veían como factores que influían decisivamente en la disminución de los conflictos. Hoy día se da esta suposición por inválida (Jalali y Lipset, 1993, 585).

En muchos aspectos el proceso de descomposición del Líbano (1975-1990) es un ejemplo de destrucción de una democracia como consecuencia de conflictos que en gran medida son propios de la época de enfrentamientos entre civilizaciones. Sin embargo, no lo vimos así porque pensábamos que se trataba sólo de una de las múltiples guerras sustitutas de la guerra fría. Y mucho menos pensamos que el drama de Beirut pudiera ser el ensayo de otra tragedia, la que esperaba a Sarajevo.

La guerra en Bosnia-Herzegovina en sí misma es un indicador fiable de que los conflictos políticos de nuestros tiempos son un reflejo del choque entre civilizaciones. Si la guerra en la ex Yugoslavia es tan difícil de sofocar es precisamente porque es la primera guerra en la que no luchan democracias contra dictaduras. No es una guerra para devolver el orden democrático ni una guerra revolucionaria. Es simplemente un enfrentamiento entre naciones, culturas y religiones. Todas las partes implicadas en ella asumen el papel de guerreros en un conflicto que hace tiempo dejó de ser local. La falta de acción por parte de las grandes potencias, todas democráticas excepto China, demuestra que este conflicto supera de momento las posibilidades de las democracias de resolver conflictos que tienen como trasfondo la rivalidad entre civilizaciones, culturas, lenguas, religiones y étnicas. La cautela con que actúan los representantes de las potencias merece un respeto, pues éstos son conscientes de que se mueven en un terreno todavía poco explorado por la política y la diplomacia. Saben que por las fronteras estatales de los países ex comunistas y en muchos casos incluso por dentro de su territorio nacional pasan líneas de conflicto entre civilizaciones que se dibujaron ya hace cientos de años. «A la vez que la división ideológica de Europa ha desaparecido, la división cultural de Europa entre el cristianismo occidental por un lado y el cristianismo ortodoxo y el Islam por otro ha resurgido» (Huntington, 1993, 29-30). Una confirmación de este hecho la encontramos en dos visitas de carácter simbólico que realizaron a finales de enero y principios de febrero de

1994 el líder nacionalista ruso, Vladímir Zhirinovski y las dos primeras ministras de Turquía y Pakistán, Tansu Çiller y Benazir Bhutto, respectivamente. Mientras el primero expresaba su solidaridad paneslava y ortodoxa con los serbios, las dos primeras ministras lo hacían con la comunidad musulmana.

XI. DEL «MELTING POT» A LA DEMOCRACIA DEL «MULTICULTURALISM»

La experiencia de Estados Unidos es fundamental para ayudarnos a formular una opinión sobre el papel que puede desempeñar la democracia en una sociedad multicultural y multirracial en el presente y en el futuro, sobre todo si tenemos en cuenta el intenso debate que ha resurgido en el comienzo de la década de los noventa.

Ha sido el historiador Arthur Schlesinger el primero en poner de manifiesto el peligro de la desintegración de Estados Unidos como consecuencia de los cambios recientes en la sociedad norteamericana. En su libro *The Disuniting of America* plantea el problema del futuro de la democracia en América, que está abandonando definitivamente la fe en su propio mito de fundar una *nueva raza* de individuos procedentes de diferentes naciones que se funden formando una especie de puchero en la tierra americana. Schlesinger ve con preocupación el nuevo «evangelio étnico» que están estrenando los americanos. Según éste, «América no es en absoluto una nación de individuos, sino una nación de grupos, que la etnicidad es la experiencia definitoria para la mayoría de americanos, que los lazos étnicos son permanentes e indelebles y que la división en comunidades étnicas establece la estructura básica de la sociedad americana y el significado básico de la historia americana. Está implícita en esta filosofía la clasificación de los americanos según criterios étnicos y raciales» (Schlesinger, 1991, 16). En efecto, las corrientes migratorias llegadas a Estados Unidos en las últimas décadas procedentes de Asia y América Central han puesto en evidencia la poca credibilidad del mito del *Melting Pot*, como expresión de la fe en la capacidad integradora de la cultura política americana y su sistema político democrático.

Una impresión similar expresa otro autor, Bruce D. Porter (1993), quien elige un título aún más dramático para su artículo, «Can American Democracy Survive?». En él reflexiona sobre la democracia americana después de la victoria sobre el comunismo soviético. En su opinión, América se ha quedado otra vez en una situación similar a la de 1812, a la de después de la guerra con México, o de la guerra civil, o a la de después de la Primera Guerra Mundial. Es decir: sin un enemigo fuerte. La tesis de Porter es que en estas situaciones América pierde unidad. Puede que después de medio siglo de rivalizar con

otra gran potencia y de meterse en guerras en el extranjero América inicie ahora una era de turbulencia y luchas consigo misma. Si el fin de la guerra fría ha tenido tan profundas repercusiones políticas entre sus aliados de Italia, Francia, Alemania, Gran Bretaña y Japón, es natural pensar que Estados Unidos tampoco escapará a ellas. Pero aún más importante para Porter es plantear la analogía entre ambas grandes potencias. «Los Estados Unidos son la gran potencia, además de la antigua Unión Soviética, cuya cohesión interna se ha basado en la adhesión a una ideología política común más que en la homogeneidad étnica o nacional. Muy probablemente el fin de la guerra fría no generaría una fuerza de marejada suficiente para amenazar la supervivencia de la democracia americana. Pero aumentará mucho la presión sobre nuestros sistemas políticos al igual que otras fuerzas centrífugas que hace tiempo que se están formando están tirando violentamente del tejido de la sociedad americana» (Porter, 1993, 37).

El peligro de la descomposición del sistema político americano no está en que el número de nuevos inmigrantes hispanos y asiáticos vaya en aumento, sino en que éstos se mantienen al margen de la cultura americana (Porter and Washington, 1993). La novedad consiste, por un lado, en que estas minorías formulan sus reivindicaciones de forma colectiva, despreciando la norma principal de la democracia americana y de la cultura política, que garantiza los derechos de los ciudadanos sólo a nivel individual (Jalali y Lipset, 1993, 599). Y por otro lado, en que al aplicar las leyes que tenían como objetivo ayudar a las minorías han creado a partir de la década de los ochenta una situación en que la mayoría de la población americana, por una u otra razón, se siente una *disadvantaged minority* (Porter, 1993, 38).

Preguntas tan inquietantes como la de Porter en gran medida son un reflejo de la profunda revisión que se está haciendo de toda la historia de la democracia americana. Rogers M. Smith no encuentra en la vida americana entre 1870-1920 datos suficientes para demostrar que la sociedad americana y sus instituciones políticas sean un ejemplo de moderna democracia liberal (Smith, 1993). Todo lo contrario, por razones raciales, de país de origen o sexo, la mayoría de los habitantes de los Estados Unidos, a lo largo del 80 por 100 de su historia, estuvo excluida de la vida pública. La ausencia tanto de la cultura aristocrática como socialista no impidió la presencia de otras estructuras de poder, raciales o religiosas. Por no repetir el esquema europeo de las organizaciones políticas los clásicos intérpretes de la democracia americana, Tocqueville, Gunnar Myrdal y Louis Harz se equivocaron pensando que la sociedad americana era por naturaleza liberal y democrática. Tocqueville decía que América era esencialmente democrática, pero sólo si no se tenía en cuenta la presencia de los indios y negros. «Tocqueville creía que la presen-

cia de negros era, por el contrario, el mal más formidable amenazando el futuro de la nación, porque no era optimista respecto a que fueran alguna vez incluidos en la democracia americana tampoco» (Smith, 1993, 552). Tocqueville simplemente no consideraba a los no blancos miembros de la democracia americana.

Los investigadores contemporáneos en gran medida rechazan sus tesis en sus estudios de la realidad racial y étnica actual de los Estados Unidos indicando los grandes progresos que ha hecho la minoría negra en su proceso de integración social, política y cultural. Este avance ha sido posible en gran medida gracias a la fuerza de movilización política impulsada por las iglesias protestantes y a su labor de equipar a sus fieles con recursos para la acción política (Harris, 1994). Sin embargo, otra minoría que en estos momentos está más apartada de la vida pública son los latinos. Su participación política, como condición indispensable para ejercer los derechos democráticos, está limitada por los escasos recursos políticos con que cuentan, como el bajo nivel de educación, la falta de tiempo libre y dinero y el no dominio del inglés (Verba, Scholzman, Brady y Nie, 1993). Esta desventaja respecto a los dos grupos mayoritarios, blancos y negros, no tiene nada que ver con sus creencias o los valores culturales que respetan, sino que es el reflejo directo de su pertenencia a un grupo étnico determinado.

Lo más importante para ver cuáles son las perspectivas de la democracia americana es que la despedida del mito del *Melting Pot* no ha provocado ningún trauma. El futuro de la democracia en este país parece que pasa por lo que recibe el nombre de *Multiculturalism*, que, en la práctica, significa la necesidad de afrontar la pérdida de hegemonía cultural que ejercía la mayoría blanca (Merelman, 1994). La democracia americana no busca un sustituto del mito de la unión cultural. El mismo concepto de *Multiculturalism* aboga claramente por la preservación de las diferencias culturales como vía para conseguir la igualdad política y económica (Merelman, 1994, 17). Cuando se habla de unificación cultural se supone que hay el dominio de una cultura sobre otra, algo que queda excluido en la democracia que practica el *Multiculturalism*.

XII. CONFLICTOS ÉTNICOS Y «DEMOCRACIA ÉTNICA»

La principal dificultad que tienen las democracias de hoy está en sus escasas posibilidades de resolver conflictos étnicos, culturales y lingüísticos en el seno de sus instituciones. Juan J. Linz subrayaba en *La quiebra de las democracias* que por haber nacido históricamente en la misma época la demo-

cracia y el nacionalismo tienen dificultades de convivencia (Linz, 1987, 111). Si la democracia se identifica con la soberanía nacional los conflictos étnicos, culturales y lingüísticos inmediatamente se convierten en conflictos dentro de las instituciones democráticas. Los Estados multinacionales, multiculturales, multilingüísticos, al no poder resolver conflictos de esta naturaleza difícilmente pueden sobrevivir como Estados democráticos. «No es extraño, por tanto, que pocos Estados multinacionales hayan sido democracias estables» (Linz, 1987, 117).

Este problema tan complejo no tiene soluciones radicales. El camino no puede ser la desaparición de los Estados multinacionales ni el que la democracia tenga que renunciar a sus principales instituciones para poder resolver los conflictos étnicos. Mientras no se encuentre una solución lo único que se puede hacer es medir la gravedad de los conflictos en sociedades multiculturales en varios lugares del mundo como, por ejemplo, Canadá, Malasia, Irlanda del Norte, Burundi, España, Fiyi o Bélgica (McGarry y O'Leary, 1993). Un segundo paso sería seleccionar algunos casos donde se pueda apreciar grandes esfuerzos de los políticos por encontrar una solución de carácter universal, como, por ejemplo, Irlanda del Norte, Africa del Sur, la India, los países del Este de Europa, las Repúblicas ex soviéticas e Israel.

Las graves consecuencias que tiene el arduo y prolongado conflicto étnico de Irlanda del Norte están obligando a buscar soluciones urgentes y desesperadas, a iniciar contactos y negociaciones. Los políticos británicos e irlandeses son conscientes de la responsabilidad que tienen también frente a la opinión pública mundial. Saben que lo que está en juego es demostrar al mundo entero la supuesta capacidad de la democracia de resolver todo tipo de conflictos incluido un conflicto étnico. Lo que ellos decidan tendrá sin duda una repercusión inmediata en España, un país con casi dos décadas de democracia, donde los conflictos nacionalistas siguen siendo la principal causa de una tensión política general cuya gravedad no disminuye.

En los tiempos en que la democracia se perfila como un verdadero proyecto global hay que tener en cuenta las experiencias en la resolución de conflictos étnicos no sólo de democracias *estables* como la británica, la belga o la canadiense, sino también de otros países. Destaca aquí el resultado final del proceso de transición en Africa del Sur. El abandono del viejo sistema de *apartheid* y su sustitución por las nuevas instituciones de la democracia representativa, así como el abandono definitivo de la política de segregación racial, sin duda alguna es el desafío más grande al que tiene que enfrentarse la democracia. El resultado positivo de esta transición tendrá una función decisiva para confirmar la tesis de que la democracia tiene también la cualidad de saber resolver una serie de conflictos que ni la teoría democrática ni la prác-

tica política supieron plantear y mucho menos resolver de forma satisfactoria. El riesgo de fracaso es bastante alto dado el enorme potencial explosivo de los conflictos en este país (Adam y Moodley, 1993, 238-250).

Si en el caso de África del Sur lo que causa preocupación es el miedo a que no se cumplan las grandes expectativas que hay de poner por primera vez en funcionamiento una democracia, en el caso de la India el pesimismo tiene su origen en cierta sensación de fracaso. La democracia más numerosa del mundo, tras décadas de esfuerzos por imponer el orden político democrático sobre la realidad de los múltiples conflictos étnicos, religiosos y culturales está hoy día más lejos de este objetivo que en 1948, cuando fue fundada. El sistema de gobierno parlamentario está más seriamente amenazado en los noventa por los brotes de luchas religiosas entre hindúes y musulmanes, que en los años setenta, en los tiempos del estado de sitio. La destrucción, el día 6 de diciembre de 1992 de la mezquita en Ayodhya por los fanáticos del partido Bharatiya Janata Party y las docenas de miles de personas muertas en enfrentamientos religiosos en distintas regiones del país significan la muerte del proyecto de convivencia en democracia de las múltiples nacionalidades, culturas y religiones de la India, que había concebido Mahatma Gandhi.

Otro lugar donde la capacidad organizativa de la democracia está siendo puesta a prueba son los países ex comunistas en el Sur, Centro y Este de Europa, así como en los Estados herederos de la URSS. Los mayores conflictos étnicos contemporáneos son los que han surgido en la ex Yugoslavia, ex Checoslovaquia y en la ex URSS. En todos estos casos coinciden con un avance espectacular de la democracia. La gravedad de estos conflictos es una especie de prueba de fuego para la democracia. Sin entrar en la polémica de si fueron la democracia y la libertad las que sacaron a la luz del día estos conflictos, o si, por el contrario, fue la democracia la que los provocó, no cabe la menor duda de que sólo dentro de las nuevas instituciones democráticas se podrá resolverlos. Hasta ahora la democracia no ha contribuido a suavizarlos, más bien los ha agudizado, hasta el punto de poner en peligro el actual sistema de seguridad internacional (Zielonka, 1992).

El hecho de que se supiera encontrar una solución pacífica que respetara las normas democráticas a la hora de dividir la antigua Checoslovaquia hay que atribuirlo al carácter excepcional del problema nacional en este país en comparación con otros de la región. La vía para encontrar la solución fue fácil porque las dos naciones ocupaban distintos territorios (Matus, 1993, 97). Esta enorme suerte la tuvieron también los eslovenos, lo que les permitió una separación no tan traumática como la que están sufriendo los habitantes de Bosnia-Herzegovina, donde el mismo territorio es compartido por las tres comunidades. El desafío que le plantea a la democracia el conflicto étnico en

Bosnia-Herzegovina consiste en que todos los dirigentes de las partes implicadas en él tienen legitimación democrática pero ninguno se siente obligado a reconocer los derechos democráticos de otras comunidades y mucho menos a rechazar la violencia en la política. El aval recibido en las elecciones democráticas de hecho les sirve como una cómoda legitimación de su política belicista, además de permitir el retorno de la vieja elite comunista al poder (Szablowski y Derlein, 1993, 309).

Todos los Estados herederos de la URSS son sociedades multiétnicas (Kahn, 1993). Por su dimensión y su complejidad, pues, la solución del conflicto étnico en la antigua URSS es una prueba contundente de la capacidad de la democracia de organizar la convivencia pacífica entre las distintas etnias. Para Airat R. Aklaev, especialista ruso en temas de conflictos nacionales en la antigua URSS, no hay duda de que sólo el uso de métodos democráticos puede resolver los conflictos y evitar la violencia y las guerras (Aklaev, 1993, 16). De su libro podríamos extraer algunos datos básicos, por ejemplo, que el último censo realizado en la URSS en 1989 indicaba la presencia de 140 nacionalidades, o que en algunos Estados la población indígena como resultado de la política económica y de fuertes corrientes migratorias ya no alcanza la mayoría (Aklaev, 1993, 5, 9). En la República de Kazajstán los kazajos representaban en 1979 sólo el 33 por 100 de la población (Aklaev, 1993, 11). Dada la función del ruso como idioma oficial del Estado soviético, sólo el 15 por 100 de los inmigrantes rusos en Georgia y el 11 por 100 en Estonia conocían el idioma local (Aklaev, 1993, 12). A continuación Aklaev describe unos 20 conflictos étnicos que han tenido lugar en la ex URSS a partir de agosto de 1988 y analiza más detalladamente, usando la metodología comparada, dos conflictos étnicos: el de Estonia y el de Moldavia.

Para terminar quisiera plantear el problema de la *democracia étnica* practicada en Israel. Coincido con Yoav Peled cuando dice que «el problema de mantener regímenes democráticos viables en sociedades étnicamente divididas promete ser uno de los temas políticos más salientes del nuevo orden mundial. Contrariamente a las expectativas de las teorías de la modernización en los años cincuenta y sesenta, el "crear nación" no sólo ha fracasado en el Tercer Mundo, sino que se está desmoronando en el Segundo y da muestras crecientes de tensión incluso en el Primero. A medida que las democracias liberales occidentales se enfrentan cada vez más a la realidad de la diversidad étnica y que las sociedades multiétnicas en Europa del Este y en todas partes están luchando con el proceso de democratización, los esfuerzos por reconciliar las exigencias étnicas enfrentadas, con los valores democráticos y las instituciones serán más y más difíciles de sostener» (Peled, 1992, 432). Sin embargo, discrepo de su opinión de que el Estado de Israel sea un buen mo-

delo de solución de los conflictos étnicos en el marco institucional que ofrece la democracia. Israel tiene, en efecto, una sociedad profundamente dividida, compuesta por una mayoría judía de diversos orígenes y una minoría del 15 por 100 de población árabe. Peled opina que gracias a que se supo practicar la *ethnic democracy* se ha conseguido en Israel una gran estabilidad política. No lo han hecho tambalear ni las cinco guerras, ni las 12 elecciones nacionales, ni las oleadas de inmigración en masa, ni la grave depresión económica. El sistema político de Israel, la *democracia étnica*, es distinto de la democracia mayoritaria o de consenso. Tampoco es una variante de la *Herrenvolk democracy*. La *democracia étnica* israelita es una política que combina «la extensión de los derechos políticos y civiles a los individuos y ciertos derechos colectivos a las minorías con un dominio institucionalizado sobre el Estado por parte de uno de los grupos étnicos» (Smootha, 1990, 391, citado por Peled, 1992, 432). Fue creada para preservar, por un lado, el carácter judío del Estado de Israel, y por otro, las formas democráticas de gobierno.

Peled cree que ni siquiera la insurrección de la población palestina de los territorios ocupados desde 1967 que estalló en diciembre de 1987, la Intifada, ha afectado el funcionamiento de la *democracia étnica* de Israel. A mi juicio, la Intifada era ya un síntoma evidente del fracaso de esta *democracia étnica*. El Estado de Israel, pese a haber conquistado los territorios, no supo encontrar la manera de convivir pacíficamente con una minoría étnica, la palestina, ni en los territorios ocupados ni dentro de sus fronteras. A partir de la década de los ochenta la democracia israelita entró en un estado de crisis permanente. Por un lado, a consecuencia de los cambios demográficos en la política israelí, la identificación religiosa empezó a dominar de tal forma que los principios liberales de la democracia fueron relegados a segundo plano, recuperándose así también el origen colectivista de la democracia en Israel (Ben-Eliezer, 1993). Por otro lado, la minoría árabe dejó de ser un elemento pasivo en la política interna del país. En las elecciones generales de 1988, los partidos dependientes del apoyo de los electores árabes resultaron ser los grandes perdedores. A la vez, los ciudadanos no judíos rechazaron el nombre de «Israeli Arabs» y se definieron de modo concluyente como «Palestinian» (Barzilai and Shain, 1991, 351-352).

Visto el fracaso de la democracia liberal en Israel, la OLP tuvo que abandonar su proyecto propio de crear un sistema democrático en Palestina basado en los principios liberales. La presión de las fuerzas fundamentalistas islámicas, comparable a la de los ortodoxos judíos, obligó a replantear las bases de la paz en la región. De hecho, se podría pensar que el acuerdo sobre la autonomía palestina en los territorios ocupados de Gaza y Jericó, alcanzado en Washington el 13 de septiembre de 1993, pretende trasplantar el sistema de

la *democracia étnica* israelita al organismo autonómico de los palestinos. De ser así, a los colonos judíos les tocaría vivir en condiciones parecidas a las de los palestinos en Israel. Por eso el acuerdo entre la OLP e Israel es también un desesperado intento de salvar las principales normas democráticas, incluso si esto supone para Israel la necesidad de cambiar su vieja política de seguridad nacional y para la OLP renunciar a sus objetivos principales de la plena soberanía estatal para los palestinos. Es natural que la comunidad internacional siga con gran interés el desarrollo de los acontecimientos, dado que la autonomía palestina efectivamente podría ser, junto con la democracia de Israel, la semilla de la democracia en la región. Del mismo modo que la democracia en Israel ha tenido y tiene que enfrentarse con el integrismo judío, la OLP tendrá que buscar una forma de convivencia con el integrismo islámico que representa una parte de la población palestina y que no comparte las convicciones democráticas. La interrupción del proceso de negociaciones a consecuencia del ataque terrorista judío del 25 de febrero de 1994 ha puesto en evidencia que la *democracia étnica* en la versión palestina tampoco es ninguna panacea para solucionar los conflictos étnicos y mucho menos un proyecto universal.

XIII. LAS «DEMOCRACIAS INCIERTAS» Y LOS NUEVOS CONFLICTOS INTERNACIONALES

La teoría de la democracia encuentra en el campo de los estudios de política internacional importantes argumentos para demostrar el valor de la democracia, su superioridad frente a otros sistemas políticos. La *paz democrática* es la conclusión más importante de los estudios en ese campo realizados en los últimos años (véanse, en la bibliografía en Lake, 1992; Maoz y Russett, 1993). Estos confirman que los Estados democráticos en general son propensos a conflictos y guerras con las no democracias, y que, sin embargo, a lo largo de dos siglos las democracias raramente han sostenido con otras democracias conflictos violentos o potencialmente violentos (bajo ciertos criterios razonables) y prácticamente nunca han luchado unas contra otras en las guerras internacionales de gran escala (Maoz y Russett, 1993, 624). Se habla incluso de una ley fundamental de la política internacional, según la cual las democracias no declaran la guerra a otras democracias. David A. Lake presenta una lista de 30 conflictos bélicos entre Estados que tuvieron lugar en el período 1816-1988 y sólo en dos ocasiones se puede calificar de agresores a los Estados democráticos (Lake, 1992, 28). Sin poner en duda los resultados de su investigación y la de otros autores en los aspectos históricos, cabría pre-

guntarse si esta regla será respetada también en el futuro. Hay indicios de que no, de que incluso en un futuro inmediato puede haber democracias que declaren la guerra a otras democracias. Habrá que estar preparado, pues, para abrir un nuevo capítulo en la teoría de la democracia, el de las *democracias belicistas*.

Los estudiosos de las relaciones internacionales confían en que no será así y que las democracias del Este de reciente creación, pese a su escasa experiencia en la resolución de situaciones conflictivas por la vía democrática, contribuirán a mantener la paz en el mundo (Maoz y Russett, 1993, 636-637). No obstante, el proceso de descomposición del sistema de seguridad internacional en el Este ha provocado ya una serie de conflictos internacionales. El primero fue el de Nagorno Karabaj, que enfrentó a las dos Repúblicas ex soviéticas, Armenia y Azerbaiyán. El conflicto bélico en la ex Yugoslavia es ya una guerra en la que se enfrentan las *democracias inciertas* de la Europa poscomunista.

Las democracias del Este estrenan su nuevo sistema político muy preocupadas por su seguridad y por su soberanía nacional. Aunque sus nuevas doctrinas militares no parten de la existencia de un agresor potencial predefinido, en la atmósfera política predominan los problemas de seguridad nacional, que desplazan el debate sobre las reformas políticas y económicas a segundo lugar. Vemos, por ejemplo, que Rusia y Ucrania, dos Estados de los cuales uno es la segunda y otro la tercera potencia nuclear del mundo, concentran su atención en el conflicto sobre Crimea alimentando todo tipo de especulaciones sobre un conflicto militar entre ambos. Por otro lado, los Estados antiguos miembros del Tratado de Varsovia han pedido el ingreso en la OTAN por sentirse amenazados por Rusia. En Polonia hay opiniones tanto de que Ucrania representa una amenaza para la soberanía polaca como otras de signo contrario que hablan de una alianza estratégica con Ucrania. Sin embargo, en Bielorrusia y Lituania hay muchos que ven en Polonia la histórica amenaza de su soberanía.

El mosaico étnico de los Balcanes puede provocar conflictos internacionales. Especialmente precaria es la situación de Hungría, en cuyas fronteras han surgido cinco Estados independientes, con todos los cuales podría entrar en conflicto. Con Rumania, Eslovaquia y Serbia, si insistiera en la defensa de los intereses de las minorías húngaras. Rumania corre el peligro de enfrentamiento con Rusia, y Ucrania, dado que Moldavia es un Estado poblado por una mayoría rumana que, como han demostrado las elecciones parlamentarias, de momento no pretende la unificación con Rumania. Serbia vive una situación de triple enfrentamiento con Croacia, Bosnia y Albania.

El riesgo de conflicto no se limita a los países ex comunistas o a los que

fueron aliados en el Pacto de Varsovia. Hay tensiones internacionales serias entre la República ex yugoslava, Macedonia y un Estado miembro de la OTAN y de la CE, Grecia. Si un día estallase el conflicto turco-búlgaro o turco-armenio tendría que hablarse de enfrentamientos entre democracias *nuevas* y democracias *inciertas*. Tampoco se puede descartar un nuevo enfrentamiento entre Turquía y Grecia, que sería un conflicto distinto del que hubo en 1974, pues implicaría a dos *nuevas democracias* que forman parte de la Alianza Atlántica. Un conflicto semejante al que tuvo lugar entre Argentina y Gran Bretaña en 1982 en estos tiempos supondría ya una guerra entre una democracia *nueva* y otra *estable*.

Podemos pensar que la primera acción militar de la Alianza Atlántica en su historia, el derribo de los cuatro aviones militares serbios el 28 de febrero de 1994, era en realidad el primer enfrentamiento militar entre una coalición militar de las democracias *estables* y *nuevas* con un Estado que hemos calificado previamente de *democracia incierta*. Cuando, pues, decimos que la democracia contemporánea se encuentra en una situación totalmente nueva es porque por primera vez su carácter pacífico es puesto verdaderamente a prueba. Las dificultades a la hora de diseñar la nueva arquitectura de la seguridad internacional, de definir la nueva doctrina militar o reestructurar la Alianza Atlántica (Valki, 1993) no son más que un simple reflejo de las dificultades existentes para adaptarse a unos nuevos tiempos en que aumentará la probabilidad de guerras entre democracias.

Esta ambigüedad de la democracia en la política internacional empezó a manifestarse cuando por primera vez una coalición militar liderada por las potencias democráticas, la de la guerra del Golfo, dejó de tener como objetivo inmediato la imposición del orden político democrático. En 1990 a Irak no le esperaba el mismo destino de Alemania, Italia o de Japón, países donde la derrota militar fue seguida de la reforma democrática. Aún más importante es que esta vez Estados Unidos ha pedido una indemnización por su servicio militar, lo que ha sido interpretado por los políticos europeos como un síntoma de pérdida de *status* de gran potencia por parte americana. En los tiempos de la guerra de Vietnam Estados Unidos no necesitó nada parecido. Se trata sin duda de una despedida de lo que fue siempre la esencia de la política internacional americana, la lucha desinteresada por la democracia en el mundo. Conviene contrastar en este contexto el discurso del presidente Woodrow Wilson ante el Congreso el día 2 de abril de 1917 pidiendo la proclamación de estado de guerra contra Alemania: «Hay que hacer al mundo seguro para la democracia. Su paz se ha de plantar sobre bases bien fundadas de libertad política. No tenemos fines egoístas que servir. No deseamos la conquista ni el dominio. No buscamos indemnizaciones ni compensación

material por sacrificios que haremos libremente» (Wilson, 1990, 15). Wilson dijo también que la ley, la libertad y la democracia son más importantes que la paz.

Cuando, pues, hablamos de los tiempos de las *democracias inciertas* queremos señalar el hecho de que en el nuevo orden mundial la única gran potencia, Estados Unidos, ve sus compromisos con la democracia de forma menos rigurosa. Ni el gobierno ni la sociedad americana están dispuestos a luchar por la democracia en el mundo incondicionalmente. Al tomar la decisión de retirar las tropas americanas de Somalia en 1994 el Gobierno americano ha dejado claro que no cree que en el mundo de hoy esté justificado que los soldados americanos mueran por la democracia. Los dos últimos altos mandatarios americanos, Georg Bush y Bill Clinton, no han querido o no han podido seguir la línea que trazó el presidente Wilson en 1917, cuando decía que América tiene el privilegio de «dar su sangre y su poder por los principios [democráticos] que le dieron la vida, la felicidad y la paz que tanto ha apreciado» (Wilson, 1990, 15).

CONCLUSIONES

El carácter turbulento de la democracia en el Este es algo más que una cuestión puramente académica. Los mismos factores que pusieron las minas de relojería bajo el edificio del totalitarismo —los conflictos étnicos, religiosos, nacionales, la crisis moral, económica y social, la inestabilidad política, etc.— una vez implantada la democracia se han convertido en una amenaza para ella. Nos hemos planteado la pregunta de hasta qué punto la democracia, pese a sus raíces exclusivamente occidentales, puede defenderse como proyecto universal si en diversas partes del mundo las organizaciones políticas se contentan sólo con las formas más elementales de organización que son la identificación étnica, religiosa o racial.

Hemos visto que la democracia al extenderse al mundo entero y hacerse más accesible pierde coherencia interna, lo cual es un dato suficiente para pensar que es incierta. Sin embargo, hay que tener en cuenta también, que con el fin de la guerra fría, el viejo paradigma ideológico de los conflictos internacionales ha perdido su función aclaratoria anterior. Hay que revisar la valoración de los conflictos del pasado. En primer lugar hay que reconocer que los conflictos básicamente étnicos ya estaban presentes en la política internacional de las últimas décadas, pensemos en el conflicto palestino-israelí, hindú-paquistaní, argentino-británico, pero eran subordinados y absorbidos de una u otra forma por el enfrentamiento global Este-Oeste, que era de ca-

rácter ideológico, multinacional, multicultural. Dicha absorción ha resultado ser pasajera.

Decir que vivimos en los tiempos de las *democracias inciertas* significa también que por primera vez en la historia hay que plantear como una posibilidad real el que unas democracias vean en otras democracias un agresor potencial con el que pueden entrar en guerra. Es decir, las democracias pueden dejar de ser en el futuro los sistemas pacíficos que han demostrado ser a lo largo de la historia.

Hemos visto también, que el estudio de las *democracias inciertas* del Este nos abría la posibilidad de trabajar con la hipótesis de que hace falta cambiar el mismo concepto básico de democracia y que hay que estar dispuesto a poner a prueba toda la teoría política contemporánea de Occidente. A primera vista, este proyecto puede parecer demasiado ambicioso porque supone cuestionar los dogmas de la ciencia política empírica. Sin embargo, no cabe duda de que, al fin y al cabo, se trataría de una construcción teórica que cuenta con apenas treinta años de inserción en el campo de la ciencia política. Además, sus principales fundadores aparecen hoy día no sólo dispuestos a modificar sus ideas, sino que en muchos aspectos están a la vanguardia del cambio conceptual provocado por la revolución y las transiciones políticas en el Este.

Finalmente hemos señalado que la democracia, por ser un fenómeno ya universal, obliga a aceptar la infinita variedad de la práctica política democrática. La hipótesis que nos ha guiado es que las democracias pueden existir sólo como *inciertas*, en tanto en cuanto la política es de por sí *incierta*.

BIBLIOGRAFIA

- ADAM, HERIBERT, y KOGILIA MOODLEY (1993): «South Africa: the Opening of the Apartheid Mind», en MCGARRY, JOHN y BRENDAN O'LEARY (ed.) (1993): *The Politics of Ethnic Conflict Regulation. Case Studies of Protracted Ethnic Conflicts*, Londres y Nueva York, Routledge, págs. 226-250.
- AKLAEV, AIRAT R. (1993): «Ethnic Conflict in the Former USSR», en *Peace Research Reviews* [Peace Research Institute-Dundas, Dundas, Canadá, octubre, vol. 12, números 5 y 6].
- ALEXANDROVA, OLGA (1993): «Divergent Russian Foreign Policy Concepts», en *Aussenpolitik*, 44, págs. 363-372.
- ALMOND, A. GABRIEL (1991): «Capitalism and Democracy», en *PS: Political Science y Politics*, 24, págs. 467-474.
- ARNIM, HANS HERBERT VON (1994): *Staat ohne Diener. Was schert die Politiker das Wohl des Volkes*, Kindler.
- BALÁZS, JUDIT (1993): «Aftermath of the Gulf War for Europe», en ELISE BOULDING

- (ed.): *Studies in the Interconnectedness of Peace in the Middle East and the World. Perspectives from Europe, Africa and Latin America*, Budapest, Társadalomkutó.
- BARTLY, ROBERT (1993): «The Case for Optimism. The West Should Believe in Itself», en *Foreign Affairs*, 72/4, págs. 15-18.
- BARZILAI, GAD, y YOSSI SHAIN (1991): «Israeli Democracy at the Crossroads: A Crisis of Non-governability», en *Government and Opposition*, 26, págs. 345-367.
- BERTRAM, CHRISTOPH (1992): «US-German Relations in a World at Sea», en *Daedalus*, 121/4, págs. 119-128.
- BEN-ELIEZER, URI (1993): «The Meaning of Political Participation in a Nonliberal Democracy. The Israeli Experience», en *Comparative Politics*, 25, págs. 397-412.
- BEYME, KLAUS VON (1993): «Regime Transition and Recruitment of Elites in Eastern Europe», en *Governance: An International Journal of Policy and Administration*, 6, págs. 409-424.
- BOYCE, BRIGITTE (1993): «The Democratic Deficit of the European Community», en *Parliamentary Affairs*, 46, págs. 458-477.
- CALHOUN, CARIG (1993): «Nationalism and Ethnicity», en *Annual Review of Sociology*, 19, págs. 211-239.
- CAZORLA PÉREZ, JOSÉ (1992): *Del clientelismo tradicional al clientelismo de partido: Evolución y características*, Barcelona, Institut de Ciències Polítiques i Socials.
- COTLER, J. (1993): «Descomposición política y autoritarismo en el Perú», en *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, 15, págs. 33-52.
- DRUCKER, PETER F. (1993): *La sociedad postcapitalista*, Barcelona, Edhasa.
- DIAMOND, L. (1990): «Three Paradoxes of Democracy», en *Journal of Democracy*, 1/3, págs. 48-60.
- (1992): «Economic Development and Democracy Reconsidered», en *American Behavioral Scientist*, 35, págs. 450-499.
- DUVERGER, M. (1974): *La Monarquía republicana*, Barcelona, Dopesa.
- DUNN, JOHN (1993) [1979]: *Western Political Theory in the Face of the Future*, Cambridge, Cambridge University Press.
- DYE, THOMAS R. (1993): «The Friends of Bill and Hillary», en *PS: Political Science and Politics*, 26, págs. 693-695.
- EKIERT, GRZEGORZ (1991): «Democratization Process in East Central Europe: A Theoretical Reconsideration», en *British Journal of Political Science*, 21, págs. 285-313.
- ETIZIONI, AMITAI (1992): «On the Place of Virtues in a Pluralistic Democracy», en *American Behavioral Scientist*, 35, págs. 530-540.
- FATTON, ROBERT Jr. (1990): «Liberal Democracy in Africa», en *Political Science Quarterly*, 195, págs. 455-473.
- FAULKNER, ROBERT K. (1993): «The United States: Liberals, Conservatives and Challenge of Liberty», en *Political Studies*, 41: *Special Issue 1993 The End of «Isms?»*, Editor Alexandras Shtromas, págs. 107-132.
- FAUL, E. (1992): «Das vereinigte Deutschland-europäisch integrierte Nation oder diffuse "Multikulturelle Gesellschaft"», en *Zeitschrift für Politik*, 39, págs. 394-419.
- FUKUYAMA, FRANCIS (1991): «Liberal Democracy as a Global Phenomenon», en *PS: Political Science and Politics*, 24, págs. 659-664.

- GONZÁLEZ ENRÍQUEZ, C. (1993): «Sistemas electorales y estabilidad política en Europa del Este», en *Revista de Estudios Políticos*, 79, págs. 401-431.
- HARRIS, FREDRIC C. (1994): «Something Within: Religion as a Mobilizer of African-American Political Activism», en *The Journal of Politics*, 56, págs. 42-68.
- HEILMANN, S. (1993): «Die Fremdsprache der Menschenrechte», en *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 27 de septiembre, pág. 13.
- HELD, D. (1992): «Democracy: From City-states to a Cosmopolitan Order?», en *Political Studies*, 40, págs. 10-39.
- HIRSCHMAN, ALBERT O. (1993): «Exit, Voice, and the Fate of German Democratic Republic. An Essay in Conceptual History», en *World Politics*, 45, págs. 173-202.
- HOLM, HANS-HENRIK, y GEORG SORENSEN (1993): «A New World Order: The Withering Away of Anarchy and the Triumph of Individualism? Consequences for IR-Theory», en *Cooperation and Conflict*, 28, págs. 265-301.
- HUNTINGTON, SAMUEL P. (1991): *The Third Wave. Democratization in the Late Twentieth Century*, Norman, University of Oklahoma Press.
- (1993): «The Clash of Civilizations?», en *Foreign Affairs*, 72/3, págs. 22-49.
- (1993a): «The West against the Rest», en *New Perspectives Quarterly*, 10/3, páginas 19-21.
- JALALI, RITA, y SEYMUR MARTIN LIPSET (1993): «Racial and Ethnic Conflicts: A Global Perspective», en *Political Science Quarterly*, 107, págs. 585-606.
- KAHN, MICHÈLE (1993): «Les Russes dans les ex-républiques soviétiques», en *Le Courrier des Pays de l'Est*, 376, págs. 3-20.
- KOLAKOWSKI, LESZEK (1992): «Amidst Moving Ruins», en *Daedalus*, 92 (121/2), páginas 43-56.
- LAKE, DAVID A. (1992): «Powerful Pacifists: Democratic States and War», en *American Political Science Review*, 86, págs. 24-37.
- LINZ, JUAN J. (1987) [1978]: *La quiebra de las democracias*, Madrid, Alianza.
- MADEJ, ZBIGNIEW (1993): «W poszukiwaniu nowej tożsamości» [A la búsqueda de la nueva identidad], en *Ekonomista*, 1993/4, págs. 423-438.
- MCGARRY, JOHN, y BRENDAN O'LEARY (eds.) (1993): *The Politics of Ethnic Conflict Regulation. Case Studies of Protracted Ethnic Conflicts*, Londres y Nueva York, Routledge.
- MCSWEENEY, DEAN, y CLIVE TEMPEST (1993): «The Political Science of Democratic Transition in Eastern Europe», en *Political Studies*, 41, págs. 408-419.
- MAOZ, ZEEV, y BRUCE RUSSETT (1993): «Normative and Structural Causes of Democratic Peace, 1946-1986», en *American Political Science Review*, 87, págs. 624-638.
- MASTELLONE, S. (1990) [1986]: *Historia de la democracia en Europa. De Montesquieu a Kelsen*, Madrid, Editoriales de Derecho Reunidas.
- MARSHALL, W. (1993): «The Democratic Concept. A Strategy that Champions Democracy Can Win Support at Home and Command Respect Abroad», en *Dialogue*, 104/4, págs. 5-6.
- MATUS, J. (1993): «Sources of Tensions and Crisis Management in East-Central Europe», en LÁSZLÓ VALKI (ed.): *International Security and East-Central Europe*, Budapest, Center for Security Studies of the Hungarian Academy of Sciences, págs. 91-102.

- MAYER-TASCH, P. C. (1993): «Wie viele Hirten zerstören den Weinberg? Demokratie und Mittelalter», en *Zeitschrift für Politik*, 39, págs. 422-435.
- MERELMAN, RICHARD M. (1994): «Racial Conflict and Cultural Politics in the United States», en *The Journal of Politics*, 56, págs. 1-20.
- MORIN, E. (1994): «La deseuropana», en *El País*, 5 de febrero, págs. 11-12.
- PAINE, T. (1984): *Derechos del Hombre. Respuesta al ataque realizado por el señor Burke contra la Revolución francesa*, Madrid, Alianza.
- PELED, Y. (1992): «Ethnic Democracy and the Legal Construction of Citizenship: Arab Citizens of the Jewish State», en *American Political Science Review*, 86, págs. 432-443.
- PINTO, D. (1992): «The Great European Sea Change», en *Daedalus*, 121/4, págs. 129-150.
- POTEL, J.-Y. (1994): «El "regreso" de los comunistas en Europa del Este», en *Cuatro Semanas*, 2/13, febrero, págs. 16-17.
- POWELL, CARLES T. (1991): *El piloto del cambio. El rey, la Monarquía y la transición a la democracia*, Barcelona, Planeta.
- PORTER, BRUCE D. (1993): «Can American Democracy Survive», en *Commentary*, noviembre, págs. 37-40.
- PORTER, J. P., y R. E. WASHINGTON (1993): «Minority Identity and Self-Esteem», en *Annual Review of Sociology*, 19, págs. 139-161.
- ROBINSON, M. (1993): «Aid, Democracy, and Political Conditionality in Sub-Saharan Africa», en *The European Journal of Development Research*, 5, págs. 83-99.
- SARTORI, G. (1993): «Totalitarianism, Model Mania and Learning from Error», en *Journal of Theoretical Politics*, 5, págs. 5-22.
- SCHLESINGER, ARTHUR M. JR. (1992) [1991]: *The Disuniting of America*, Nueva York, W. W. Norton.
- SMITH, ROGERS M. (1993): «Beyond Tocqueville, Myrdal, and Hartz: The Multiple Traditions in America», en *American Political Science Review*, 87, págs. 549-566.
- SMOOHA, S. (1990): «Minority Status in an Ethnic Democracy: The Status of the Arab Minority in Israel», en *Ethnic and Racial Studies*, 13, págs. 389-413.
- STEPAN, A., y CINDY SKACH (1993): «Constitutional Frameworks and Democratic Consolidation. Parliamentarism versus Presidentialism», en *World Politics*, 46, páginas 1-22.
- STRICKLAND, RUTH A. (1993): «The Twenty-Seventh Amendment y Constitucional Change by Stealth», en *PS: Political Science and Politics*, 26, págs. 716-722.
- SZABLOWSKI, GEORGE, J., y HANS-ULRICH DERLEIN (1993): «East European Transitions, Elites, Bureaucracies, and European Community», en *Governance*, 6, págs. 304-324.
- TOCQUEVILLE, A. (1989) [1835]: *La democracia en América*, Madrid, Aguilar.
- VALKI, L. (1993): «A Future Security Architecture for Europe», en LÁSZLÓ VALKI (ed.): *International Security and East-Central Europe*, Budapest, Center for Security Studies of the Hungarian Academy of Sciences, págs. 103-142.
- VERBA, SIDNEY; KAY LEHMAN SCHOLZMAN; HENRY BRADY, y NORMAN H. NIE (1993): «Race, Ethnicity and Political Resources: Participation in the United States», en *British Journal of Political Science*, 24, págs. 453-497.

- WALLERSTEIN, I. (1992): «The Concept of National Development, 1917-1989», en *American Behavioral Scientist*, 35, págs. 517-529.
- WILSON, W. (1990) [1986]: «The World Must Be Made Safe for Democracy», en JOHN A. VASQUEZ (ed.): *Classics of International Relations*, Engelwood Cliffs, Prentice-Hall.
- ZIELONKA, JAN (1992): «Security in Central Europe», en *Adelphi Paper*, 272.